

34877

470 70  
180  

---

90 70



34877

... parmi  
places dont ce com  
Prise de diverses  
quoi-

... c'est ce  
... &  
... lages ca-  
... du ter-  
... le grand feu  
... étoit après  
... l'avis qu'on  
... la conte-  
... nchemens,  
... mmençoit à  
281

1453.

284

1453.

semblable  
ton de Z  
le duc d  
cantons.

1454.

L'année  
de Tours

Le seigneur de B...

Res 34877

# ESTELA,

PASTORAL EN PROSA Y VERSO,

COMPUESTA EN FRANCES

Por el Caballero FLORIAN,  
Académico de Paris y de Madrid:

TRADUCIDA

Por el Capitan D. VICENTE RODRIGUEZ  
DE ARELLANO Y EL ARCO.

---

*Rura mihi, rigique placent in  
vallibus amnes.*

Georg. lib. 2.

---

PERPIÑAN,

En la Imprenta de J. ALZINE.

M D C C C I V.



1775

1775

1775

1775

1775

1775

1775

1775

1775

1775

1775



## ADVERTENCIA.

---

*EL autor del Numa Pompilio, la Galatea y el Gonzalo de Córdoba es bien conocido entre los literatos, y particularmente entre los Españoles, sobre cuyos mejores poetas hizo un particular estudio, como se dexa conocer en su modo de escribir en todas sus obras, y particularmente en su Estela, de quien él mismo dice que debe grandes obligaciones á la Diana de Montemayor. Sin embargo yo creo que esta pastoral participa mas de el espíritu de Gesner, que de el de otros bucólicos. En efecto, la parte inventiva no me parece que tiene ni aun visos de relacion con la de Montemayor, y mucho ménos su estilo. La invencion en la Estela no dexa de tener en algunas partes algun género*

*de impropiedad ó violencia, pero en lo general es sencilla y muy natural, por eso produce tan vivo interes. Los pastores ni hablan con la altura de los de Virgilio, ni con la grosería que era precisa, siguiendo el sistema de algunos que quieren hacer á la poesía servil imitadora de la naturaleza. Así es que observando una justa proporcion, los pastores en esta obra observan un estilo natural sencillo, proporcionado á su capacidad, situacion y sentimientos, sin perder de vista la bella naturaleza: su carácter es benéfico, dulce y virtuoso, y esta reunion de qualidades es la que me hace creer que Estela está escrita mas bien por el gusto del divino Gesner, que por el de otro alguno, y mucho mas el notar que produce en el corazon los mismos efectos. Nadie hay que leyendo á Gesner no sienta conmoverse su alma, y derrame las dulces lágrimas hijas*

*de la sensibilidad: así sucede en la lectura de Estela, cuyos personajes haciéndose amables por sus virtudes excitan el mas vivo interes, y las sensaciones mas tiernas en las almas sensibles.*

*Yo he procurado en quanto me ha sido posible ceñirme á la letra, particularmente en la traduccion de los versos, dándoles aquel ayre y corte con que se hallan escritos, y aplicándolos á los metros mas recibidos en nuestro idioma, y mas usados entre nuestros bucólicos. Si tal vez antepongo ó pospongo algunos conceptos, es porque me ha parecido conveniente aplicarlos en el lugar que segun la gradacion y género de la composicion deben ser colocados. Asimismo la inmediata repeticion de consonancias en algunos pasages no la he evitado por no perder la propiedad: por tanto no debe mirarse como defecto de cultura, fuera de que aun en asuntos libres es muy*

frecüente entre nuestros mas acredita-  
dos poetas.

Yo me lisongeo de que el público instruido me hará la justicia de creer que mi deseo es hacerle conocer un nuevo género de pastoral que interese los corazones, evitando la frialdad de que comunmente adolecen esta clase de composiciones, y cuya ligereza y brevedad no cause aquella fastidiosa pesadez que se nota en muchos romances, y disminuye aquel calor con que el alma empieza á interesarse. Por lo ménos si el acierto no ha correspondido al trabajo, la indulgencia del público corresponderá sin duda á la sanidad de mi intencion y pureza de mis deseos.



# ESTELA.

## LIBRO PRIMERO.

---

**Y**o he celebrado los pastores del Tajo; he pintado sus costumbres inocentes, sus finos amores, y la felicidad que se disfruta con una alma pura y sensible. Esta era la primera vez que yo aplicaba mis mal seguros dedos á la pastoral avena: mi trémula voz ensayaba canciones nuevas para ella, é inquietos mis oídos preguntaban á los ecos de las selvas si podían las ninfas dignarse de escucharme. En el día, ménos ignorante, aunque no ménos desconfiado, preparo cantos mas dulces para mi corazón; quiero celebrar mi patria, y pintar el apacible clima, donde la verde oliva, la negra mora y los dorados racimos crecen juntos baxo un cielo siempre des-

pejado; donde sobre agradables colinas, sembradas de olorosas violetas y gamones, travesean ganados numerosos; y donde en fin un pueblo ingenioso, sensible, laborioso y regocijado se substraen á las necesidades por medio del trabajo y de la alegría.

Yo te saludo, ó hermosa Occitania (1), tierra siempre querida de quantos pueblos te han conocido; á quien los Romanos hermoseáron con los mas sublimes primores de las artes; cuyo agradable clima precisó á los fieros hijos del Norte á establecerse en tus llanuras; por quien los Arabes abandonáron la deliciosa Iberia, y á quien ha mirado la Francia como el mas precioso fruto de las victorias de Carlos Martel: pródiga para ti naturaleza (2) reunió en tu seno los tesoros que compartió en el resto de las naciones. Baxo tu cielo tan puro, aunque ménos ardiente que el de España, crecen las mieses con mas abundancia

que en las fecundas campañas de Sicilia :  
tus vinos olvidan los de Falerno y Masica :  
el olivo se complace en tus collados  
tanto como en las riberas del Durance :  
tus árboles alimentan el gusano que hila  
la púrpura de los reyes ; el mármol ,  
la turquesa y el oro son producciones  
de tu fértil suelo ; de tus altas montañas  
se descuelgan las aguas salutíferas , y  
las plantas mas medicinales crecen amon-  
tonadas en tus campos. ; Quantos hom-  
bres grandes , nacidos en tu seno , han  
hecho tu nombre célebre entre las na-  
ciones extrangeras ! El trono de los  
Césares te lia debido los Antoninos (3) ,  
y este beneficio solo te ha valido el  
reconocimiento del universo : todavia se  
acuerda el Oriente de aquel sabio y  
valiente Raymundo (4) , que fué el pri-  
mero de los christianos que tremoló la  
cruz de Tolosa sobre los muros de la  
ciudad santa : el Aragon hace una gloria  
de los reyes que le diste (5) : Roma estima

la memoria de los pontífices que recibió de tí (6): la Francia hace ostentacion de tus capitanes y magistrados (7): la encantadora poesía te debió su primer asilo (8): ¡ó pais fecundo en héroes, talentos, frutos y tesoros, yo te saludo con todas las veras de mi alma!

Y vosotras pastoras de mi patria, que baxo un simple sombrero de paja, ocultais tantos atractivos, que á tantas envanecerian; vosotras, cuyo corazon, tan puro como el hermoso cielo de vuestro clima, ha conservado aquel amor sagrado á las obligaciones que mezcla un oculto embeleso á los sacrificios que prescribe; aquel amable y honesto pudor, único ornamento de la juventud; y aquella atractiva candidez, precioso y solo resto de la edad dorada, prestad vuestros oidos á mi acento: Estela se os parecia; Estela tenía vuestros negros y brilladores ojos, vuestros largos y bellísimos cabellos, y vuestro dulce rostro, en

quien la alegría y el candor se unen á esta gracia natural que siempre se acompaña con la belleza que procura adquirirla : Estela tenia vuestras virtudes y gracias ; con todo , fué desdichada. Ah ! ; no lo seais nunca vosotras : y vuestros bellos ojos no derramen lágrimas sino para llorar mi heroína !

A las orillas del Gardon , al pie de las altas montañas de Cevennes , entre la ciudad de Anduce y la aldea de Masana , hay un valle , donde la naturaleza parece haber reunido todos sus tesoros. Allí , en largas praderías , por donde serpentean las aguas del rio , se forman paseos deliciosos á la sombra de endrinos y de higueras ; el lirio , la florida retama y el narciso son agradable esmalte de la tierra ; mil plantas olorosas exhalan suavísimos aromas en los ayres ; un círculo de colinas pobladas de copados árboles cierra por todas partes el valle , y elevados peñascos cubiertos de nieve for-

man á lo léjos el término del horizonte.

Cerca de este encantador retiro, llamado justamente *Bellariva*, baxo el reyno de Luis XII, vivian pastores y pastoras dignas de habitar tan deliciosos sitios. De las aldeas de Masana, Marueja y Arnasan venian á juntarse en este valle : sus ganados, ya dispersos, ya unidos, iban á buscar el sérpol en las colinas; los valientes mastines velaban por la parte de las montañas, entanto que las zagalas y zagales, recostados á las orillas del rio, disfrutaban los placeres que producen un cielo despejado, un buen monarca, y la cándida inocencia.

De todas estas pastoras, honor y ornamento de su patria, fué Estela la mas bella, mas tierna y mas virtuosa. Hija del anciano Raymundo y de la discreta Margarita, veneraba sus padres como tales. Instruida desde luego en sus obligaciones, y ocupada continuamente en cumplirlas, nunca habia imaginado

hallar algunas que pudieran serle dolorosas. Todos sus pensamientos eran puros como la fuente de donde nace el Gardon, y el objeto de todos sus deseos era la felicidad de los otros: sencilla, dulce, franca y sensible no hacia diferencia entre la virtud y la felicidad.

Habitaba Estela en Masana, y Nemoroso, zagal de la misma aldea, la había amado desde la infancia. Iguales en edad y en perfecciones, desde sus mas tiernos años iban juntos á los prados. Siempre llevaba Nemoroso la cestilla ó el cayado de Estela; y al amanecer de cada dia iba á coger jazmines, porque sabia que Estela gustaba de entrelazarlos en sus negros cabellos; nunca estaban separados; unas veces, reuniendo sus ganados, se sentaban juntos en la blanda yerba y entre las dulzuras de sus conversaciones ninguno atendia sino á las ovejuelas que no eran suyas: otras veces se ocupaban en coger ligos ó

moras; y quando no podian alcanzar los frutos en las ramas, Nemoroso subia á los árboles, y echaba en el delantal de Estela las frutas mejores y mas bien sazonadas: y finalmente otras veces se divertian en armar lazos á los paxarillos, y quando alguno caia en ellos, el que primero lo advertia corria á avisar al otro para que tuviera el gusto de cogerle. Sus placeres y sus penas eran comunes; todo se dividia entre los dos: esta inocente amistad era conocida de toda la aldea y respetada por los buenos corazones, y los padres de Estela nunca formaron recelo alguno, hasta que se verificó un suceso que empezó á instruirlos.

Eran los primeros dias de Mayo, tiempo en que se hace el esquilmo: este trabajo siempre es festivo. Desde la mañana los pastores y pastoras se presentan en el valle con las reses que se han de esquilar: cada pastor hace un lazo de junco, echa en el suelo el manso

animal dudoso de la suerte que se le prepara, y le ata juntos los quatro pies: el carnero, tendido en tierra, levanta balando la cabeza, y tiembla al aspecto de las agudas y largas tixereras con que se arman los pastores: siéntanse estos en círculo, y se comienza el esquileo: el ruido del tixereo, las canciones de las jóvenes pastoras y el alborotado estruendo de la comun alegría, no interrumpen las gaytas pastoriles, que cerca de allí hacen baylar á los que no tienen ganado: mas léjos, los jóvenes robustos se ejercitan en el salto y en la lucha: otros, sobre pequeños caballos, pero ligeros como ciervos, disputan el premio de la carrera: otros con un mazo de box hacen saltar por los ayres una pesada bola tan ligera, que apénas puede seguirla la vista. Algunos pastores dexan el trabajo por baylar con las zagalas, y entretanto las mas jovencitas se apoderan de las pesadas tixereras, y con débil y

mal segura mano cortan las extremidades de la lana, temerosas de hacer algun daño á la mansa res.

Llega la hora de comer, y todo el mundo corre á sentarse en torno á una gran mesa cubierta de manjares del pais. La sobriedad y la alegría presiden en este festin: los ricos hacen los gastos y los pobres los honores: los esposos y los amantes se colocan junto á sus esposas y queridas: las madres hablan de los premios que han ganado sus hijos: los ancianos cuentan antiguas historias, que escuchan los jóvenes atentos: las pastoras cantan nuevas canciones: el vino salta en los ojos y en los vasos, y todo excita la alegría sin producir la licencia. Todos están contentos; todos son felices; todos dexan la mesa por el trabajo con el mismo empeño que han dexado este por aquella, y los dias enteros se consumen entre el amor, el trabajo y el placer.

Quando cae el dia, y la lana se ha

llevado á la al'ea, todos concurren baxo un antiguo álamo, destinado ha mas de un siglo á esta costumbre: su respetable tronco está rodeado de un asiento doble de céspedes: allí se colocan los viejos, teniendo en medio de ellos un primal adornado de cintas y guirnaldas: este es el premio del canto.

El primer dia que se propuso, un pastor, llamado Helion, pariente de Estela, que habia venido desde las riberas del Durance á ver su familia, venció á todos los pastores del Gardon. Los ancianos le acordaron el premio, y él, fuese por inclinacion á Estela que entonces tenia trece años, ó por complacer á su padre Raymundo, ofreció el premio á su jóven y hermosa prima.

Nemoroso, que por su edad no habia podido entrar en competencia, sale al momento de entre la tropa de muchachos en que estaba confundido, y arrojándose acia Helion con coléricos ojos,

le dixo : Todavía no es tuyo el premio, pues no me has vencido.

Aplaudió todo el concurso su determinacion : pide Nemoroso ser oido ; hace poner el premio entre los jueces ; se coloca en medio de toda la concurrencia , llama al jóven Isidoro , muchacho de su edad , ( tenia catorce años ) y al que mas amaba , y mirando con modestia á los pastores , dice :

He aplaudido como vosotros la brillante voz del famoso Helion ; ¿ pero es acaso la feliz Provenza el único pais donde se sepa vencer en las disputas del canto ? El deseo de vengar mi patria eleva en este momento mi espíritu. Helion acaba de celebrar la hermosura de las riberas del Durance : solos sus compatriotas las conocen : yo voy á cantar el amor , objeto estimado del universo.

Dixo , y sacando una flauta , que traia en el zurrón , tocó una sonata tierna y

animada, y luego poniendo el músico instrumento en las manos de Isidoro, acompañado de este, cantó así.

*N E M O R O S O .*

No la tierna niñez mia  
Os mueva á desprecio, no;  
Que aquel á quien adorais  
Como numen superior,  
Cuyo dominio es tan dulce,  
Que de una risa nació,  
Rey de reyes y pastores,  
Es un niño como yo.

Hace al cobarde atrevido,  
Pacífico al mas feroz,  
La libertad quita al sabio;  
Pero en tan dura prision,  
Haciéndole venturoso,  
El premio le da mayor:  
Rey de fuertes y de sabios,  
Es un niño como yo.

El crió quanto respira  
Con su soplo animador;  
El alma es del universo,  
Y así su dominacion,  
Ayre, cielo, mar y tierra

## ESTELA.

A su obediencia rindió :  
 Rey de la naturaleza ,  
 Es un niño como yo.

Dícese que el sufrimiento  
 Sus favores alcanzó,  
 Y que para recompensa  
 De su tirano rigor,  
 Con la esperanza suave  
 Lisonjea la pasión :  
 Rey de nuestros corazones,  
 Es un niño como yo.

En la aurora se conoce  
 Quando ha de abrasar el sol ;  
 Así Estela con sus gracias  
 El amor anticipó  
 En una edad en que siempre  
 Se desconoce el amor :  
 Rey de los hombres y dioses,  
 Es un niño como yo.

Así cantó Nemoroso , y de comun  
 acuerdo le concedieron el premio : He-  
 lion mismo esforzándose á sonreirse ,  
 tributó aplausos á su jóven vencedor.  
 Todos los muchachos prorumpen en gritos  
 de alegría , y coronan á porfia á Ne-

moroso; este corre al manso animal, y se apodera de él; le toma entre sus brazos, mas no puede levantarle; pero ayudado de Isidoro y sus compañeros, le presenta á los pies de Estela. Yo he cantado el amor, le dixo; y si él me ha hecho vencedor, ha sido para que el premio fuese vuestro.

Estela, mirando á su madre, mostró su vergüenza en sus colores: Margarita le permitió que aceptase el regalo; y aunque permaneció dudosa un breve espacio, tomó por fin con trémula mano la verde cinta con que el cuello del animalito estaba rodeado. Redobláronse los aplausos, y la tropa de muchachos, que despues de la victoria de Nemoroso se miraba como la primera, muestra su satisfaccion en descompasados alborotos: todos quieren que Estela abrace á Nemoroso, y lo piden en alta voz: Estela asustada se retira entre los brazos de su madre; pero esta y los jueces le

prescriben la obediencia, siguiendo el antiguo estilo que concedia este privilegio á los vencedores : fué preciso el cumplimiento : y Estela teniendo de la mano á su madre , encarnada como la flor del granado , rodeó con su delicado brazo el cuello del venturoso pastorcillo : el licor exprimido de la oliva cayendo sobre la ardiente llama , no aumenta tanto el fuego , como se aumentó el que consumia los corazones de los dos amantes desde aquel momento.

Cada dia sentia Nemoroso crecer en su pecho su inclinacion acia Estela , y cada dia encontraba esta mas amable al pastorcillo : la edad prestó mayores fuerzas á su recíproca pasion. Bien pronto Estela empezó á temer la involuntaria turbacion que la agitaba ; y bien pronto conoció asustado Nemoroso la violencia del fuego que le devoraba. Ambos penetrados de la misma incurable herida , tenian que combatir con sus corazones , con el amor y con diez y seis años.

El anciano Raymundo, padre de Estela, habia conocido con disgusto la pasion del jóven pastor: habia prometido su hija á un labrador de Lezan, y rígido observador de su palabra, hubiera preferido la muerte á la falta de ella: zeloso hasta lo sumo de su autoridad, era inflexible siempre que se le opanian: severo con los demas tanto como consigo mismo, exígia de todos los corazones las austeras virtudes del suyo. Buen padre, buen esposo, pero poco tierno, miraba como *debilidad todo sentimiento* que no era una precisa obligacion.

Su primer cuidado habia sido prohibir la entrada en su casa á Nemoroso, y mandar á su hija que nunca le hablase. Estela le obedecia; pero todos los días se encontraban los dos amantes en el valle, y sin juntarse, ni quebrantar las órdenes de Raymundo, con sola una mirada se decian quanto tenian que decirse.

No duró mucho tiempo este sosiego. Una mañana que el jóven pastor sacaba al pasto sus ovejas, se le presenta el padre de Estela, que con severo tono le pide que le oyga un breve rato. Nemoroso, temblando, abandona su ganado, hace que el anciano se siente sobre la piedra que servia de abrevadero á sus corderillos, y manteniéndose delante en pie á fuerza de su respeto, escuchó de la boca de Raymundo las siguientes palabras.

Yo vengo aquí, Nemoroso, para descubriros enteramente mi pecho, y haceros juez de mi conducta: yo tenia un amigo que se llamaba Mauricio: nos hemos amado por espacio de quarenta años: quando un fatal invierno mató mis ganados, taló mis viñas y heló mis olivos, todos hasta mis mas cercanos parientes me abandonáron. Mauricio, á quien sus riquezas ponian á cubierto de la indigencia, partió conmigo sus bienes:

perdí este amigo, el qual en sus últimos momentos me hizo jurar que uniría á Estela con su hijo Merilo; este heredó todas las virtudes de su padre, y está enamorado de mi hija: cuenta con la palabra que dí á mi moribundo bienhechor: ¿pensais pues que puedo faltar á ella?

Calló Raymundo, y Nemoroso no se atrevia á responderle. Ya os entiendo, añadió el anciano, y la estimacion en que os tengo, es intérprete fiel de vuestro silencio: sin embargo, es público el amor que teneis á mi hija: ¿prometeisme el abandonarlo? ¿me jurais huir de todos los sitios en que podais ver á Estela? Asegurado de vuestra palabra viviré tranquilo: pero si os parece imposible este sacrificio ya tengo tomada mi resolucion; separaré á Estela de su patria, parientes y de todo quanto ama; la uniré inmediatamente con Merilo, y luego, si fuere necesario, pasaremos el mar,

y nos establecerémos donde vos no esteis.

Así habló el anciano, y Nemoroso, confuso y embarazado, apenas podia hallar el uso de la voz; pero en fin esforzándose, le dixo:

Si yo, Raymundo, os prometiera el huir en todas partes de vuestra hija, y procurar el olvido de un sentimiento que es mas dulce que la vida, os engañaria, y me engañaria á mí mismo; pero no es justo que por huirme arrebatéis á Estela de su patria; no es justo que todo este pais experimente el castigo de mis defectos; yo soy quien debo separarme de él; moriré; esta es mi esperanza; pero moriria mas dolorosamente viendo á Estela casada con Merilo: recibid pues mi juramento..... (Aquí el pastor pausó un poco, se apoyó en el abrevadero, y dexó caer la cabeza sobre el pecho. Yo os juro, sí, que voy á ausentarme de Masana: por desgracia soy

huérfano, y puedo disponer de mi vida; partiré desde hoy; iré á establecerme tan léjos como vos quisiéreis; indicadme vos mismo el lugar de mi destierro, ó por mejor decir el de mi sepultura.

Yo os compadezco, respondió Raymundo; pero este sacrificio es necesario para el sosiego de mi familia : no os pido mas sino que paseis el Gardon, y como no volvais á estas riberas, estaré contento.

Estadlo pues, replicó Nemoroso, y pueda Estela ser feliz. Voy á pasar para siempre el Gardon.

Diciendo esto, dexa al anciano, y á pocos pasos cae desmayado : acude Raymundo, le toma en sus brazos, y le vuelve en sí; abre el pastor los ojos, vuelve á cerrarlos, y rechazando á Raymundo, le suplica que se aleje : hizolo así el anciano, derramando lágrimas, á pesar de su natural severidad, y buscando en sí mismo medios para recom-

pensar este sacrificio, con cuyo designio tomó el camino del hermoso valle de Remistan.

Luego que Nemoroso se recobró, corrió en busca de Isidoro, el qual aquella mañana habia ido á la ciudad á buscar un médico para su bienhechor, que estaba enfermo. El triste mancebo, volviendo de casa de su amigo, pasó por delante de la de Estela; puértas y ventanas todas estaban cerradas; el ganado no debia salir aquel dia por mandato de Raymundo, receloso de que Estela viese al pastor; conoció este su intencion, é inmóvil, juntas las manos, permaneció largo tiempo mirando la casa *con lagrimosos ojos*. ¡O quantas veces, decia, la he visto en esta ventana! ¡quantas veces venia yo ántes de amanecer á este sitio á esperar el instante en que saliera! Mas ay! ya no volveré mas! ya no la veré mas!

Diciendo así, se dexa caer sobre una

labrada piedra, que en otro tiempo habia traido él mismo á aquel parage, para que Estela se sentase quando volviendo del campo se divertia en ver entrar balando los corderitos, y correr apresurados á las rellenas ubres de sus madres. El desgraciado, graba en la piedra con la punta de su cuchillo su última despedida, la baña con sus lágrimas, vuelve luego con lentos pasos á su albergue, toma su flauta y su cayado, reúne su pobre ganadillo, y seguido de su fiel perro Medoro, terror de los lobos y amigo de los corderos, parte suspirando, volviendo mil veces la vista acia la casa de su bien amada, y tomando el camino mas largo para el puente de Ners, por donde debia pasar el rio.

Quando ya estuvo cerca de este sitio, distante mas de una legua de Masana, se detuvo; hizo que su ganado descansara, y queriendo alargar el tiempo de pasar á la otra orilla, se recostó baxo

un olivo, junto á su leal perro, cuyos ojos tiernos é inquietos parece que querian buscar en los de su amo la causa de su disgusto. Allí el desgraciado pastor, dirigiendo la última mirada al hermoso valle que iba á abandonar, se puso á cantar lo siguiente.

A Dios, hermosa aldea,  
A Dios, mi dulce amiga,  
A Dios, gracioso valle,  
En donde las delicias  
Gozando de la infancia,  
Pasaba alegres dias  
Con los sencillos gustos  
Que la inocencia inspira:  
Campos de cuyas flores,  
Que el alba vivifica,  
Para mi enamorada  
Guirnaldas mil texia:  
Rosas de sus hermosos  
Colores excedidas:  
Rio que de tus aguas  
El curso detenias  
Por reflexar mas tiempo  
Su forma peregrina:

Prados

Prados en donde aun ántes  
De nuestra edad florida,  
De amores las ternuras  
Nuestras almas sentian:  
Sauces en cuyos troncos,  
Con voluntad unida,  
Leíamos gustosos  
El nombre que imprimia  
Mi delicada mano  
En la corteza lisa,  
El único entre todos  
Que yo imprimir sabia:  
Patria, campos, amigos,  
Valles, pastora mia,  
A Dios, que á otras riberas  
Me llevan mis desdichas,  
Adonde entre pesares  
Acabe con mi vida;  
A Dios, que ya me alejo;  
A Dios, á Dios, que para siempre os  
dexo.

Así cantaba Nemoroso, y entretanto  
Estela, á quien su padre detenía en  
casa con varios pretextos, pensaba en  
su pastor, y deseaba la llegada del

B

otro dia para verle. Apénas rayaba el alba, hizo salir sus ovejas, y corrió á despertar á Rosa; Rosa, su fiel amiga, la qual en la florida edad de diez y siete años, libre, amable, bella y sensible, jamas habia pensado ni en casamiento ni en amores, porque bastaba la amistad de Estela para llenar su corazon.

Las dos amigas juntando sus ganados baxáron al valle, adonde todavía no habia llegado rebaño alguno, aunque luego llegaron todos con sus zagales, á excepcion de Nemoroso; todos los pastores y pastoras preguntaban, y sola Estela no se atrevia á quejarse de su ausencia; pero miraba continuamente el camino por donde solia venir. Pasóse todo el dia sin tener noticias de Nemoroso: Estela, inquieta y afligida, volvió mas temprano á la aldea, acompañó á Rosa á su casa, y enagenada en sus pensamientos iba á contar sus ovejas sobre la piedra acostumbrada; pero al

acercarse advirtió en ella algunos caracteres, reconoció la mano de su amante, acudió veloz, y leyó estas tristes palabras.

A Dios mis solos amores,  
A Dios pastora querida,  
Que ya me voy de los campos  
Que alegrabas con tu vista.

Desterrado de tus ojos,  
Del rio á la opuesta orilla,  
Ya no oirás de mi pecho  
Las quejas enternecidas:

Pero no me compadezcas,  
No llores, mi dulce amiga,  
Que todo la muerte acaba,  
Y no tardará la mia.

A pesar de sus muchas lágrimas, leyó Estela muchas veces esta tierna despedida; no podia separar de ella la vista, y se complacia en repetir las palabras que bañaba con su llanto. Precisada en fin á dexar aquel sitio, entra en su casa profundamente ocupada en esta ausencia, este destierro, cuyos motivos no podia penetrar.

Margarita, la buena Margarita, conoció al instante el pesar de su hija, y le preguntó la causa, estrechándola en sus brazos. Estela, sin responderle, la toma de la mano, la lleva á la piedra, y llorando á mares le muestra las palabras grabadas en ella. Margarita se interesa en las penas de su hija, la abraza amorosamente, y quiere ir desde luego por toda la aldea á saber noticias de Nemoroso; pero Raymundo entrando en su casa llama á su muger y á su hija, y les dice:

No ignorais la palabra que tengo dada á Mauricio; ya ha llegado el tiempo de cumplirla. Esta tarde llega Merilo de Lezan; ya le conoces, hija mia, y sabes quanto es respetado en toda esta comarca por sus virtudes; prepárate á ser su esposa: ciertos negocios de interes me *precisan á marchar á Magalona*; pero ántes quiero que se verifique este casamiento, y será dentro de tres dias: tu

madre te dirá porque , aunque no hubiera hecho tan buena eleccion , me era imposible el darte otro esposo. Dichas estas palabras se salió Raymundo para ir á recibir á Merilo. Estela y su madre confusas esperaron que Raymundo se alejara para abrazarse mutuamente. Contó Margarita á su hija el juramento de Raymundo : esta callaba y lloraba , y aquella le dixo : Ay ! hija de mi alma ! conozco lo mucho que *padesces* , y *no* puedo aliviarte ; te amo mas que á mi vida , pero moriria mil veces ántes que resistir al mas mínimo desco de mi esposo ; él es para mí la imágen del mismo Dios ; su voluntad es mi ley , y las qualidades que venero en él dan nueva fuerza al respeto que su presencia me inspira : perdona , Estela mia , este sentimiento , que en mí será inalterable : yo sabré llorar contigo ; pero aprende á obedecer de tu madre.

A estas palabras volvió Margarita á

abrazar á Estela, y permaneciéron estrechadas largo tiempo; pero advirtiendo que volvia Raymundo, procuráron enxugar sus lágrimas y disimular sus sentimientos. Entró el anciano seguido de Merilo, á cuya vista perdió el color Estela; pero arrimándose á ella su madre pudo sostenerla.

El jóven labrador se presentó con mas franqueza que gracia: su figura mas noble que agradable, anunciaba aquella seria tranquilidad, hija de la severa virtud; y sus ojos, poco animados, se dirigian á Estela, pero sin mostrar empeño.

Ved aquí á vuestra esposa, le dixo Raymundo; ella amará á su marido del mismo modo que siempre ha amado sus obligaciones; las vuestras bien las conocéis, y yo vivo seguro de que las cumpliréis, pues sois hijo de Mauricio. Dicho esto, tomó Merilo á Estela de la mano, y mirándola con gravedad, le dixo:

Hija de Raymundo, mi corazón es vuestro desde el primer día en que vine á la fiesta de vuestra aldea; yo me esforzaré en ganar el vuestro, y podré esperar el conseguirlo si la estimación y confianza producen derechos sobre las bellas almas.

Acrecentó Estela sus colores con el pudor que le causaron estas razones; pero nada respondió: hizo lo por ella su madre, mientras que Raymundo dispuso la mesa, en la qual puso á Estela junto á Merilo, á quien durante la comida habló del placer que experimentaba en enlazarse con el hijo de su amigo, y de los numerosos ganados que Estela llevaria en dote.

Finalizada la comida, quiso que Merilo oyera la encantadora voz de su hija, y la mandó cantar. En vano se opuso Margarita á tan penoso esfuerzo; Raymundo reiteró el mandato, calló Margarita, y la triste Estela, afectando satis-

faccion, cantó los siguientes versos, que el mismo Nemoroso le habia enseñado.

¡ O quanto me deleyta  
El ver las golondrinas  
Volver todos los años  
A las ventanas mias,  
De la estacion mas bella  
Cantando la venida,  
Y en el antiguo nido  
Reproducir caricias!  
Mas quando el tiempo crudo  
Los árboles marchita,  
Señal de que el airado  
Invierno se aproxima,  
Reuniéndose todas  
Las tiernas avecillas,  
Cantan diciendo: huyamos  
El yelo y nieve fria;  
Que las sensibles almas,  
Que un puro amor anima,  
En primavera alegre  
Es bien que siempre vivan,  
Pero si por desgracia,  
En tanto que caminan,  
En cauteloso lazo

Queda alguna cautiva ,  
Muere de amor y pena  
Al verse dividida  
De su querido amante  
Con tanta tiranía ;  
Y él con las mismas ansias  
Perece el mismo día.

No pudo proseguir Estela , ni Ray-  
mundo quiso instarla para que prosi-  
guiera. Levantóse de la mesa, y *Merilo*  
*mas enamorado que nunca de las gracias*  
de Estela, le suplicó adelantase su feli-  
cidad, y se retiró á casa de su tio Prós-  
pero, que vivia en Masana.

Margarita, cuyos enternecidos y mater-  
nales ojos no se habian separado de los  
de su hija, y que conocia y compartia  
sus tormentos, la rogó que fuese á  
dormir : obedeció Estela, y despues de  
saludar á su padre, se arrojó entre los  
brazos de su madre, la que la estrechó  
cariñosamente contra su pecho, pero ella  
ocultando el semblante por no mostrar

sus lágrimas, se retiró á su lecho suspirando, para poder á lo ménos llorar con libertad.





# ESTELA.

## LIBRO SEGUNDO.

---

Cruels son los pesares del amor ; pero todavía lo es mas la calma de un corazon insensible. Las satisfacciones que producen la grandeza , las riquezas y la vanidad , no valen tanto como las penas de los amantes. El hombre en la cumbre de los honores , rodeado de tesoros y de esclavos , experimenta muchas veces un vacío mas horroroso que el dolor mismo. Revuelve complacido la memoria acia sus primeros años : entónces era pobre , obscuro y acaso despreciado ; pero amaba : este solo recuerdo es mas dulce para él que todas las satisfacciones que producen la fortuna y la elevacion. Amor , amor ! tú solo puedes llenar

nuestrâ alma; tú solo eres el manantial de todos los bienes entanto que no te separas de la virtud. Ah! sea ella *siempre tu conducta*, y sé tú siempre su consolador ! No os separéis jamas, hijos, del cielo; caminad siempre juntos, y si hallais en la carrera los pesares ó las desgracias, sosteneos mutuamente. Ya pasarán estas desdichas, y crecerán á oposicion de ellas los gustos; bien así como despues de la terrible tempestad, parece el campo mas hermoso cubierto de liquidas perlas, mas brillantes las flores que levantan sus mustias cabezas, y mas armoniosos los ruisseñores y calandrias que cantan por los ayres sacudiendo la lluvia de sus alas.

Estela sola en su quarto pensaba en Nemoroso y en el fatal enlace que debia verificarse dentro de tres dias. No podia comprehender porque su amante la habia abandonado : discurría las causas

de su ausencia; proyectaba ir á buscarle, y reflexionando sobre la expresion de *la opuesta orilla*, contenida en los versos de Nemoroso, resolvió baxar por las orillas del Gardou, por si adquiria alguna noticia.

Apénas amaneció, acudió al valle, y dexando el ganado al cuidado de Rosa, seguida solamente de su querido manso (que era el mismo que Nemoroso le habia dado quando venció á Helion) baxó á lo largo del rio por la parte del puente de Ners.

Por todo el camino miraba la orilla contrapuesta, y apénas divisaba algun rebaño, palpitaba su corazon, y con la esperanza doblaba el paso, se adelantaba todo quanto podia, y alargando el cuello é inclinando el cuerpo sobre las ondas, procuraba distinguir al pastor. Quando alguna colina ó algun espeso bosque le quitaban la vista de la opuesta orilla, cantaba por si podia escucharla Nemo-

roso; pero no queriendo ser entendida de otro alguno, habia elegido esta letrilla.

*La hermosa Aneta*

El otro dia  
Perdió un cordero,  
Y enternecida,  
Llorando perlas,  
Así decia:  
Ay! corderillo mio,  
Tú me engañabas,  
Porque yo por mí misma  
Imaginaba,  
Que no puede dexarse  
Lo que se ama.

Sufrir el hambre  
Tú mas querias,  
Que no las flores  
Y yerbecillas,  
Si de mi mano  
No las comias:  
Ay! corderillo mio,  
Tú me engañabas,  
Porque yo por mí misma  
Imaginaba,  
Que no puede dexarse

Lo que se ama.

A mis acentos

Pronto acudias,

Y huyes ahora

Por mas que gima,

Y oygas, tirano,

Las quejas mias:

Ay! corderillo mio,

Tú me engañabas,

Porque yo por mí misma

Imaginaba,

Que no puede dexarse

Lo que se ama.

Habia llegado Estela al ángulo que forma el Gardon enfrente de Marueja, solo le faltaba un breve espacio para llegar al puente de Ners, quando advirtió un rebaño que pacia en la península que hace el rio en este sitio: detiénese, mira, y no descubre pastor ni perro. Continuaba ya su camino, quando una de las ovejas del rebaño que estaba mas próxima á la orilla comenzó á balar; al instante el manso de Estela se arroja

al río, le atreviessa á nado, llega en medio de las ovejas, corre á cada una de ellas, y saltando y traveseando alegre, les demuestra la alegría que siente de encontrarlas.

Al ruidoso movimiento del rebaño acude el fiel Medoro diligente: al instante de entre unas apiñadas matas de servales, que hacian sombra á unas antiguas ruinas, sale Nemoroso: pero ay! que sola Estela pudiera haberle conocido! llevaba desaliñados sus vestidos, y los cabellos desordenados le caian sobre la frente; una palidez mortal obscurecia su rostro; sus mexillas mustias manifestaban los surcos que habian formado en ellas sus lágrimas, y sus amortiguados ojos solo se fixaban en la tierra.

El triste se adelantaba con lentos pasos acia su rebaño, quando el manso de Estela se llegó á él haciéndole cariños: mirale el pastor, se detiene, levanta los ojos acia la opuesta orilla, y ve á

Estela inmóvil, apoyada en su cayado, y mirándole con enternecidos ojos.

Viéndola Nemoroso, da un grito, se precipita acia donde ella estaba, y Estela, en fuerza de un movimiento involuntario, se adelanta acia Nemoroso. Solo se detuviéron quando ya las aguas cubrian su calzado: entónces inclinan tristemente la vista al rio que los separa; luego se miran sin hablarse, hasta que la pastora rompiendo tan melancólico silencio, dixo:

Tú nos has dexado, Nemoroso; huyes de nuestra aldea, donde todos te amaban, y creian que vivias contento: ¿que motivo ha podido hacerte la patria aborrecible? ¿te ha sucedido alguna desgracia, ó quieres mudar de amigos?

Respondióle el pastor: Estela, si conoces mi corazon, si conservas la menor idea del sentimiento tierno y profundo que enteramente le ocupa, puedes vivir segura de que mi muerte será preciso efecto

de esta ausencia : era forzoso ó verte desdichada, ó serlo yo ; la eleccion no permitia dudas : mas ay ! que los dos somos desventurados ! yo lo temo y lo espero.... Perdónadme, Estela, esta expresion, hija de mi ternura, que la desgracia no es orgullosa.

Refirióle entónces el pastor todo quanto le habia dicho Raymundo, y la resolucion que este habia hecho, de arrebatár á Estela de su patria, si Nemoroso no se desterraba de Masana, jurándole de no volver á repasar el rio. Pero yo, añadió, cumpliré mi juramento, pues en ello estriba tu sosiego: conozco tu inflexible padre, y que si me opusiera á su voluntad recaeria sobre tí el castigo. Ah ! viva seguro de mi obediencia ! yo expondria mil veces mi *vida por mi amor* ; pero por este amor mismo no puedo exponer á Estela.

Miróle entónces esta con dolor y ternura, y le participó quanto habia pasado

desde su partida, la llegada de Merilo, el ajustado casamiento, y la poca esperanza que tenia en su madre; pero lo calló que solo tardaria dos dias su enlace, temiendo que el pastor se desesperase. Nemoroso entanto que la escuchaba se esforzaba en mostrarse tranquilo: devoraba las lágrimas que atropelladamente acudian á sus ojos: disimulaba sus tormentos por no aumentar los de Estela, y afectaba un valor que *no tenia*, por inspirársele á su querida.

Obedece pues, le dixo con quebrantada voz: obedece á tu padre; esta es la primera de las obligaciones, como primera de las virtudes. ¡Desventurado amor el que hiciera un corazon ménos virtuoso! Merilo es estimado, y merece serlo: el amor que te tiene le dará prontamente nuevas y apreciables qualidades: viviendo cerca de Estela no puedo dexar de hacerse amable: tú le amarás.... sí, ámale.... sé feliz.... y si para serlo es necesario olvidar enteramente á Nemo-

roso; si mi memoria puede turbar tu reposo, Estela.... Estela.... mira si te amo.... yo deseo que me olvides: este esfuerzo, por mucho que te cueste, no te costará tanto como á mí me está costando esta sola palabra.

Dicho esto, Nemoroso se vuelve atropelladamente, cubre su rostro entre sus manos, y con precipitados pasos se retira al sitio de donde ántes habia salido: no se atreve Estela á llamarle; fixos sus ojos en el pastor, y la cabeza inclinada sobre el hombro, queda inmóvil. Nemoroso así que llegó cerca de los servales, se detuvo, y no pudo dexar de volverse á mirar á Estela: le tiende sus brazos, le grita con sofocada voz á Dios, lo repite dos veces, y se oculta precipitadamente en las ruinas. Permaneció la pastora largo tiempo esperando verle de nuevo, pero no volvió á presentarse. La infeliz, resuelta al último partido que le quedaba, llama á su

querido manso, que atravesó el rio al instante, y toma el camino de Masana deteniéndose á cada paso. Todavía no habia perdido de vista los arbustos que hacian sombra á las ruinas, quando de repente ve salir detras de una haya un mancebo que se detiene delante de ella, y le presenta la mano: era Merilo, y Estela se inmutó al verle; pero queriendo aprovecharse de esta coyuntura, con alterada voz le pidió que la siguiera á un bosquecillo de lentiscos que estaba poco separado del rio: siguióla Merilo, y allí Estela con humildes ojos le dixo temblando estas palabras.

Perdonad, Merilo, á una jóven tímida, que hasta ahora ha vivido libre y feliz, que ex̄perimente algun género de temor en el momento que va á ser agena: pero ántes de descubriros mi alma enteramente, como debo hacerlo sin duda, y ya lo tenia resuelto, me atrevo á suplicaros, por lo que mas amais, que me

respondais con franqueza: ¿me teneis amor? Dos años ha que os amo, respondió Merilo; y esta pasión ha crecido al compas de lo mucho que me he violentado en no hablar de ella sino solo á vuestro padre: la seguridad de ser vuestro esposo la ha hecho crecer hasta lo sumo, de manera que este sentimiento se ha hecho en mí tan necesario como la vida, y solo podrá acabar con ella.

Perdió el color Estela oyendo estas palabras, y ocultó en su pecho la declaración que estaba dispuesta á hacer; y despues de una breve pausa, esforzándose en dar á su voz un tono mas firme, dixo á Merilo: yo os estimo, aunque apenas os conozco: todo el mundo hace justicia á vuestras virtudes; ántes de ser vuestra, quisiera haber podido amar vuestras bellas prendas; no seria sin duda necesario mucho tiempo, y así me atrevo á pedirós una gracia que no alcanzaria de mi padre; diferid nuestro

casamiento hasta que vuelva de Magalona; mi corazón quedará penetrado de esta prueba de vuestro amor, y os lo agradecerá un corazón que si le conociérais á fondo, seguramente excusaríais el exígirle su reconocimiento.

Respondióle Merilo: doloroso sacrificio es el que me pedis; pero pues vuestros deseos lo hacen necesario, voy á hablar desde luego á Raymundo, y me esforzaré en alcanzar de él lo que solo á mí debe serme sensible. Respeto el secreto de vuestra súplica, aunque le ignoro; pero basta que sea vuestro para que yo le respete: á Dios; contad sobre mi palabra, que quando se ignora el arte de agradar, es preciso saber á lo ménos el de obedecer.

Ausentóse, dicho esto, Merilo; y Estela quedó penetrada de sus últimas palabras: inspiróle el hijo de Mauricio un cierto respeto mezclado de compasión; pero á solo Nemoroso estaba reservado el inspirarle amor.

Entanto que ella emplea los últimos esfuerzos para conservarse suya, el infeliz pastor, victima de memorias crueles y tristes reflexiones, solo y sin consuelo, se admiraba que su virtud no aliviase sus amargos pesares: volviendo á la orilla del rio, miraba el sitio que habia ocupado Estela, y no podia separar de él sus ojos; sentado sobre una roca, llorando sus pasados bienes, y reflexionando lo mucho que le restaba por padecer, prorumpió en estas tristes expresiones.

No hay remedio, fortuna, ya me rindo:  
 Perdí toda esperanza de ablandarte.  
 Adelanta mi muerte por lo ménos.  
 ¿Que bárbaro placer es el que encuentras  
 En la pena cruel que tanto tiempo  
 Sin acabarme de matar me mata?  
 ¿Es este el premio de la llama pura  
 Que la austera virtud acompañaba?  
 Y tú, tirano amor, alma del mundo,  
 A quien serví hasta el último suspiro,  
 Por tí solo he vivido, y tú me matas.

Contra

Contra tantos tormentos y fatigas,  
Solo es uno el remedio que me queda:  
Pues como el tierno y débil arbolillo,  
Que combatido del furioso viento,  
Minadas sus raices por las aguas,  
Cae en el suelo; y queda sosegado,  
Así espero acabar mi desventura  
En la horrorosa noche del sepulcro.

Dixo Nemoroso, y una profunda melancolía se apoderó de él: miraba inmóvil con oscuros y alborotados ojos el curso de las aguas, y sentia violentos impulsos de precipitarse en el rio, y por tres veces le fué preciso agarrarse á la roca sobre que estaba sentado para no ceder á tan horrible tentacion. En fin juzgando, y con razon, que aquel sitio era solo propio para aumentar su desesperacion, se aleja de él apresuradamente, recoge su rebaño, se pone en marcha, y dexando á Ners sobre la derecha, dirige sus pasos acia las montañas de Verzenobre.

Hallábase ya en las cercanías de los

bosques de Maigron, quando se le presenta un muchacho de trece á catorce años, bañado en lágrimas, pidiéndole con lamentable voz que le preservase de una grande desgracia. Yo guardaba, dixo, el rebaño de mi padre; mi perro dormia, que no debiera, pues el perro de un pastor de mi edad nunca deberia dormir: un terrible lobo, saliendo del bosque me ha robado el mas hermoso cordero, que se habia separado un poco de su madre: la triste ha corrido tras de su cordero, y recelo que el lobo se la lleve tambien, si no os dignais de socorrerme, porque yo soy muy niño para matar un lobo, aunque bastante grande para amar con todo mi corazon á los que me favorecen.

Conmovido Nemoroso de las palabras, gracia y lágrimas del muchacho, en quien la desgracia aumentaba la sensibilidad natural, sacó luego de su zurrón una punta de lanza que se ajustaba á

su cayado; llama á Medoro; pregunta por donde ha tirado el lobo, y conducido por el muchacho, que le igualaba en ligereza, se mete en la espesura.

Corren los tres largo tiempo sin descubrir el lobo ni la oveja: el muchacho, que sin cesar estimulaba al pastor, le conduxo por varios rodeos hasta una pequeña colina, desde donde se descubrian las llanuras del Gardon y la aldea de Masana, á cuyo aspecto se detuvo Nemoroso sintiendo una emocion alegre, como si viera su patria despues de una larga ausencia: fixos los ojos sobre Masana, palpitando de amor su corazon, distingue entre todas la casa de Estela, y se llenan sus ojos de dulces lágrimas: contento sobre aquella colina, forma el proyecto de construir en ella una cabaña, y no separarse nunca de ella; Que insensatos son los amantes, y quanto se engañan los desdichados! El mismo Nemoroso, que abandonaba la península

de Ners, solo porque Estela habia ido á ella, quiere establecerse en aquel sitio por ver todos los dias su casa.

Despues de haberse saciado con tan lisonjera vista, se acuerda del pastorcillo, y se reprehende el haberle olvidado: resuelto á darle una de sus ovejas por la que habia perdido, le busca y le llama en vano: él mismo, extraviado, no sabia que camino tomar para reunirse á su rebaño, quando, oyendo ruido de esquilas, vió al muchacho que le conducia su ganado. Sosegaos, le dixo; pues entanto que vos os deteniais en este sitio, vuestro perro libró mi ovejuela; yo entónces me he ocupado en recoger las vuestras; vedlas aquí. A Dios, gallardo pastor; ya es hora de que busqueis un albergue; mi quinta está muy léjos para podérosla ofrecer; pero baxo esta colina encontraréis al buen Remistan que os dará hospedage, y os pagará el bien que habeis querido hacerme. Dicho esto,

el muchacho le toma por la mano, le conduce á la otra parte del monte, le muestra el valle de Remistan, y desaparece como un relámpago.

Sorprehendido Nemoroso mira el valle, y queda embelesado: en un espacio de mil pasos en quadro, rodeado de montecillos, descubre una pradería cortada á trechos por varios grupos de álamos y sicomoros: una estrepitosa cascada se precipitaba de lo alto de una roca y formaba un cristalino arroyo: sobre sus orillas una pequeña huerta, llena de árboles fructíferos, estaba cerrada de zarzas, espinas-blancas, membrillos y fresnos; mas léjos, el arroyo formaba un estanque, en medio del qual se elevaba una cabaña coronada de viejos sauces y rodeada de florecientes juncos; y para llegar á ella estaban á trechos colocadas gruesas piedras poco distantes entre sí: un rebaño de carneros pacía á las orillas del estanque, y un anciano pas-

tor recostado en la yerba acompañaba con su flauta los sonoros acentos de las aves.

Atómite Nemoroso desciende al valle, atraviesa la pradería, cruza el arroyo y se encamina acia el anciano pastor: estaba ya cerca de él, pero se detuvo conociendo que se disponia á cantar, y en efecto cantó así:

De estas dulces soledades

En el profundo silencio,

En estos bosques sombríos,

Baxo estos árboles frescos;

Sin cuidados ni inquietudes,

Libre de remordimientos,

Ni envidiado ni envidioso

Feliz mi vida mantengo.

Gozando aquí de mí mismo,

Conozco y experimento

Que son los placeres vanos

Quando se ignora el sosiego.

Pura leche y dulces frutos

Son mi preciso alimento,

Flores me ofrece la tierra

Y serenidad el cielo.

*Tal vez tempestad furiosa*

Me asusta por un momento,  
Mas luego me tranquiliza  
En el ayre el Iris bello.

En la confusion del mundo  
Siempre el hombre vive inquieto,  
Y solo en las soledades  
Es dondè vive sereno.

Así tal vez este arroyo  
Corre furioso y violento  
Estrellándose en las rocas  
Con precipitado estruendo;

Mas luego que al prado llega,  
Todo su furor depuesto,  
Dulcemente murmurando  
Sirve á las flores de espejo.

Nemoroso despues de haber oido con sumo gusto el canto del anciano pastor, se acerca á él, le saluda, y le pide hospedage. Recibióle amorosamente Remistan, le agradeciò el haber venido á su valle, le ofreció quanto tenia, y le hizo que le siguiera á su cabaña para presentarle fresca leche y sazonados frutos.

Nemoroso conducido por su huésped

pasa sobre las piedras del estanque, llega á la pequeña isla, y queda embelesado de quanto mira: estaba construida la cabaña sobre un cerro cubierto de arbustos; á su entrada estaba un colmenar rodeado de rosales, lirios y jazmines de que se alimentaban las ovejas, y hermo-seaban su habitacion: el interior de este asilo era una gruta natural entapizada de silvestres parras: de en medio de sus pámpanos salia un manantial que cayendo junto á un lecho de hojas se deslizaba murmurando por un pequeño canal, y desaguaba en el estanque. Varias aberturas hechas en la roca contenian grandes vasos llenos de leche: otras mas pequeñas estaban llenas de frutas colocadas en cestillas: á otra parte estaban los aperos de la labranza, las medicinas para el ganado enfermo, las flautas del pastor, los cayados, y en fin quanto el hombre puede alcanzar de la naturaleza para vivir feliz.

¡Que envidiable es vuestra suerte ! le dixo Nemoroso : vos pasais en esta soledad dias serenos é inocentes : alejado de los hombres, siempre ocupados en hacerse infelices , os habeis entregado en brazos de la naturaleza , que sin cesar trabaja en hacernos venturosos : aquí no teneis que temer las injusticias y crueldades de vuestros semejantes ; poseeis los verdaderos bienes y el amor , el temible amor, no turba vuestra perfecta felicidad.

Hijo mio, le respondió el anciano, vive seguro de que nadie en el mundo goza de perfecta felicidad : el destino que parece mas envidiable no dexa de tener sus penas : yo mismo, que todos los dias agradezco al Ser supremo los bienes que se ha dignado concederme , mezclo algunas veces mis lágrimas con las aguas de esta fuente ; yo lloro.... Como? exclamó Nemoroso, ¿ tambien habeis perdido vues-

tra querida? El anciano entonces se sonrió, y descubriendo su calva cabeza, le dixo: Mira, hijo mio, estas pocas canas que me quedan: mi edad, á la que tantos males acompañan, preserva á lo ménos de los del amor: no lloro yo mi querida, pero echo de ménos mi patria, que nunca muere este sentimiento.

Nací en las riberas del Isere; soldado, desde que pude serlo, pasé mis floridos años baxo las banderas del rey Carlos VIII. Hice las campañas de Nápoles con aquel valiente y célebre caballero Bayardo, honor del Delfinado y gloria de Francia, cuyo valor y virtudes han dado mas lustre á nuestras armas que todas las victorias de Italia. Licenciado á la verificacion de la paz, me detuvo el amor en esta bella comarca. Amé mucho tiempo á una pastora de Masana, y fuí correspondido; pero sus

padres la precisáron á ser esposa de otro. Resuelto á huirla, por no hacerla mas infeliz, vine á ocultar mi desesperacion en esta apartada soledad: aqui consumido de dolor, bien que libre de remordimientos, me valí de los auxilios que nos proporciona el cielo para remedio de semejantes pasiones, que son el juicio, el tiempo y el trabajo. Desmonté este inculto valle, di nuevo curso á este arroyuelo que vivifica mis praderías; mis manos hermososéron esta gruta, planté estos árboles cargados de frutos, y aquel rebaño, que ves allí baxo rumiar á la sombra de los álamos, procede de dos recentales que me regaló mi pastora.

Quanto mas me ocupaba se hacian menores mis penas: no tardé en saber que mi querida vivia feliz con su esposo; bendixé á Dios, y miré esta dicha como recompensa de haber cumplido con mi obligacion. Poco á poco volvió la paz á

mi pecho, y no me quedó de mi antigua pasión sino una dulce memoria que producía en mi corazón un secreto embalsamo, me hacía mas grata mi soledad é interesarme cada dia mas en mi vida, proporcionándome el disfrutar del primero de los bienes qual es la estimacion de sí mismo. Tranquilo en este valle, donde todo he criado y he visto nacer todo, nada faltaria á mi ventura si no la turbase un deseo que continuamente me agita.

Soy viejo, y se acerca el término de mi vida; pero ántes quisiera volver á ver mi tierra, los campos en que pasé mi infancia, y la casa en que vivieron mis padres: bien sé que no los hallaria, pero á lo ménos lloraria sobre su sepulcro: este ardiente deseo crece cada dia mas en mi corazón sin esperanza de verle satisfecho. Solo, sin amigos, desterrado en este valle, ¿como abandonaria mi rebaño, mi cabaña y todos mis bienes?

¿ como me expondría á perder en un momento lo que me ha costado tantos años? ¿ quien , durante mi ausencia , cuidaría de mi huerta y mis ovejas? ¿ quien seria el benéfico pastor que quisiera encargarse de ellas hasta que volviese?

Padre mio , respondió al instante Nemoroso , yo creia que mi alma estaba negada á los placeres ; pero el de escucharos , y la esperanza de seros útil , me han reanimado : yo me encargo de vuestras ovejas , guardaré la cabaña y cultivaré la huerta miéntras que vais á satisfacer el mas dulce deseo de un corazon sensible. Tambien yo tengo un rebaño que ahora está disperso en la altura de ese monte : permitidme que le conduzca al valle y le confunda con el vuestro , que quando volviereis , me daréis el que fuere de vuestro agrado , y la satisfaccion que hubiereis disfrutado será crecida paga de tan pequeño servicio.

Mi amado hijo, exclamó el viejo abrazándole, yo acepto tu ofrecimiento, pero exijo de tí una palabra: prométeme, por lo que mas amas, que no dexarás el valle hasta que yo vuelva, y si tardo mas de dos años, ó si la muerte me sorprehende en el camino, hónrame aceptando esta gruta, este rebaño y esta huerta que tanto he cuidado con la esperanza de dexarlo todo á un pastor virtuoso, y pues en tí le he hallado, sé mi heredero.

En vano se quiso oponer Nemoroso á la voluntad del anciano; fué inútil su resistencia. Remistan con la punta de su cuchillo grabó sobre la corteza del mas hermoso de sus álamos la donacion que hacia á Nemoroso; este, con correspondencia, le juró por la pastora que amaba, y no queria nombrar, que no dexaria el valle hasta pasados los dos años. Sin embargo, añadió, yo os suplico que me sea concedido el subir

siempre que quisiere á este monte (era el que miraba á Masana). Resistióle Remistan, Nemoroso quiso borrar la donacion, y al fin cedió el anciano, y acudió con su jóven amigo á reunir el ganado disperso en la colina.

Conduxéronle al valle, y luego el buen viejo introduxo á Nemoroso en la gruta: le manifestó los principales secretos que le habia enseñado una larga experiencia acerca del cuidado del ganado y cultura de los árboles: dióle consejos, sino para la felicidad, á lo ménos para el sosiego de la vida; y sin hacerle pregunta alguna indiscreta, sin manifestar deseo de penetrar la causá de su dolor, supo mezclar en sus discursos los consuelos mas adecuados á los males que padecia el jóven pastor.

Despues de haber pasado en esto una parte de la noche, se acostáron juntos sobre el hojoso lecho. El cansancio del

dia sepultó prontamente á Nemoroso en un profundo sueño. Levantóse entónces Remistan, salió con precaucion de la gruta, y al instante sin esperar la aurora se puso en camino.

*Fin de la primera parte.*



# ESTELA.

## LIBRO TERCERO.

---

**E**L verdadero amor no puede existir sin la estimacion, pero la estimacion mas perfecta no basta para el amor: esta pasion tan dulce y viva, origen de placeres y de penas, de tormentos y delicias, que consume y alimenta, no se enciende mas que una vez: las almas puras saben sacrificarla á la virtud, y ofrecer á sus deberes quanto depende de ellas; pero este alhago, este encanto irresistible, este rápido vuelo de quanto se piensa y se siente acia un solo objeto; estas vivas esperanzas y estos profundos dolores, que produce sola una palabra dicha con enojo; y finalmente estos inexplicables enagenamientos, que nacen

de la mas leve satisfaccion, se pasan y desvanecen con el primer amor, porque es como el lirio cortado sobre su tronco, que aunque subsiste la planta, no produce flores.

No estaba en poder de Estela el amar á Merilo; però no por eso dexaba de hacer justicia á sus bellas prendas: asegurada de que el estimable jóven cumpliria la palabra que le habia dado, temia que su padre no consentiria en la dilacion de su casamiento: para dar pues mas tiempo á Merilo para que persuadiera á Raymundo, pasó todo el dia en el valle hablando de Nemoroso con Rosa su leal amiga. Por la tarde, la triste Estela no volvió á casa con el ganado tan temprano como acostumbraba; al entrar, se apoderó de ella un temblor: esperábala Merilo á la puerta, y le dixo: sosegaos, yo he trabajado contra mí mismo..... La presencia de Margarita y Raymundo impidió que le dixerá mas.

Hija mia, le dixo le anciano, yo habia resuelto uniros á Merilo ántes que partiese á Magalona, donde me llaman asuntos importantes de intereses; pero vuestro esposo pide tiempo para hacerse amar por inclinacion y no por deber: por tanto yo partiré ántes de verificarse este enlace; durante el tiempo de mi ausencia, que será dos semanas, Merilo vivirá con su tío Próspero, os verá todos los dias, y creo que se hará amar; pero al otro dia de mi llegada se hará el casamiento sin que pretexto alguno pueda retardar un momento, que será el mas feliz de mi vida.

Entanto que hablaba Raymundo, Estela miraba á su madre, y leia en sus ojos, llenos de ternura, lo mucho que se interesaba en su alegría: Merilo, tomando á Estela la mano, le dixo con trémula voz: ¿Serán bastantes quince dias para obtener en vuestro corazon el lugar que quisiera ocupar en él? El

reconocimiento mio , respondió Estela , os le da desde ahora en mi estimacion. Oyó Raymundo estas palabras , volvióse acia su hija , y la abrazó : esta caricia , á que Estela no estaba acostumbrada , le hizo derramar lágrimas de alegría , y se atrevió á estrechar á su padre contra su amoroso seno : el viejo que sintió bañar sus blancas canas con las lágrimas de su hija , volvió á abrazarla , y retirando el semblante para ocultar su emocion , le dixo : Esto basta , hija mia ; yo estoy contento.

Durante el resto de la noche , Merilo no perdió á Estela de vista ; pero no la importunó sobre su amor : su padre le manifestó mas ternura y confianza que nunca , le refirió las viñas , olivares y rebaños que llevaba en dote : aconsejó á Merilo que vendiese sus bienes de Lezan para establecerse en Masana , á fin , decia , de no vivir ni un solo dia separado de su amada hija. Margarita lo escuchaba

trasportada; Merilo consentia en todo; y Estela, oprimido de angustias su corazon, se esforzaba en dar gracias á su padre y sonreir á su esposo.

Al otro dia, ya ántes de amanecer, Estela y su madre preparaban todo lo necesario para el viage de Raymundo; Margarita, el dia anterior, habia cosido en un cinto de ante las piezas de oro que habia de llevar á Magalona. Estela habia llenado de provisiones un saco, que dós zagales colocaron sobre la mula de su amo: Merilo los ayudaba, sintiendo no acompañar al anciano. Hijo mio, le dixo este, yo te dexo con tu muger y tu madre, con lo que mas amo en este mundo; acompañándolas, me eres mas útil, y amándoos recíprocamente me daréis á entender quanto me amais.

Dicho esto, los abraza, monta sobre su mula, y sin permitir que le acompañara criado alguno, tomó el camino de Magalona. Siguióle Merilo quanto

pudo con los ojos; pero así que le perdió de vista, dixo á Estela y su madre: yo he perdido mi protector, ¿quien ahora me amará? El tono sensible con que dixo estas palabras las dexó penetradas; procuró Margarita asegurarle en sus esperanzas, y él se atrevió á pedir á Estela licencia para seguirla al valle alguna vez, y se vió precisada á concedérsela.

Desde este momento, el enamorado Merilo, sin importunar á Estela, empleó para con ella quantas atenciones finas y delicadas grangean un corazon libre. Demasiado entendido para no conocer que un profundo pesar atormentaba á Estela, buscaba todos los medios de distraerla sin procurar investigar la causa. Cada dia servia la pastora de objeto á una nueva fiesta, y cada dia agradables sorpresas la empeñaban al agradecimiento. Compraba Merilo todo quanto suspendia los ojos de Estela: si hablaba

de algun sitio que le habia parecido agradable, al otro dia encontraba en él una cabaña que llevaba su nombre: si alababa algunos corderos, ya los tenia á la tarde en sus rediles. Prodigaba Merilo el oro para aumentar y embellecer los campos, rebaños y posesiones de Estela. Animóse aun á conseguir los talentos que ella apreciaba, y llegó á componer una cancion que, grabada en una encina, decia así:

Amo, y explicar no puedo  
 Los deseos que me inflaman,  
 El respeto que me enfrena,  
 Y el incendio que me abrasa.

De amores y sentimientos  
 Una pastora me mata,  
 Que celebrarla no puedo,  
 Siendo tan fácil amarla.

Si digo que es la mas bella  
 Entre todas las zagalas,  
 Solo es ella la que ignora  
 El mérito de sus gracias:

Si sus virtudes atiendo,  
 Las manifiesta la fama,

Pero mas los desdichados,  
Que en ella su alivio hallan:  
Si, mas osado, mis penas  
Solicito declararla,  
El exceso de mis males  
Mis expresiones embarga.  
Callemos pues, corazon,  
Que es resolucion errada,  
Que produzca mal el labio,  
Lo que siente bien el alma.

Estos eran los primeros versos que habia compuesto Merilo: leyólos Estela sonriéndose, con lo que el pastor se tuvo por el mas dichoso de los hombres, pero se engañaba.

La constante pastorcilla solamente pensaba en Nemoroso. Acompañada de su amiga, llevaba todos los dias su ganado acia la parte de Ners: luego que llegaba al puente, se sentaba á la orilla del rio, y Rosa pasaba al otro lado para informarse del desterrado pastor; volvia despues de algunas horas, y su ayre triste anunciaba lo inútil de sus diligencias:  
entónces

entonces Estela lloraba, y creia que Nemoroso se habia precipitado al rio, de cuya triste imaginacion no podian disuadirla todas las razones y consoladoras reflexiones de Rosa: acercábase el momento del funesto himeneo, y este conocimiento era el sello de los tormentos de Estela: debia llegar su padre al siguiente dia, con que se desvanecian todas sus esperanzas.

Este dia, que Estela creia fuese el último de su libertad, se levantó al alba, y baxó al valle con su querida Rosa, á quien dixo: mi amada amiga, mañana ya no me será lícito el pensar en Nemoroso, porque aun el pronunciar su nombre será incompatible con mis obligaciones; aprovechemos pues hoy los últimos momentos, hablando de él todo el dia, para cuyo efecto he salido al valle mas temprano: ven conmigo acia aquellos dos alisos, que hacen sombra á una fuente cubierta de lirios y de

acantos: allí es donde, la primera vez, *despues de la prohibicion de mi padre, se atrevió á acercárseme, y.... pero no quiero decírtelo hasta que estemos en el mismo sitio.*

Encamináronse silenciosas á la fuente, y así que llegaron prosiguió Estela diciendo: *Todavía éramos entónces muy niños, pues era poco despues de su victoria sobre Helion: mira, Rosa mia, yo estaba sentada aquí al pie de este árbol, y apoyada contra estas piedras; estaba yo hilando; rompióseme el hilo, y cayóseme el huso de las manos, y aun no pensaba en recogerle, quando le ví comparecer repentinamente; venia por aquella parte, y traia en su sombrero un nido de paxarillos; púsose encendido y de rodillas para presentármelos, y luego cantó unos versos que jamas he olvidado: escúchalos, por tu vida, que quiero cantarlos; acaso lloraré cantándolos, pero no atormenta semejante*

llanto ; ademas de eso , ¿ no tengo necesidad de acostumbrarme á las lágrimas ?

Dicho esto , la pastora abrazó á Rosa , y la tuvo algun tiempo estrechada contra su pecho : luego esforzándose á encontrar el uso de su voz , le dixo : ponte aquí ; este es el sitio donde él estaba , y estos son los versos que cantó.

A coger un nido fui

En un espeso xaral ,

Quando un anciano zagal

Salió , diciéndome así :

Cruel , ¿ es posible , dí ,

Que executes tal rigor ?

Bien el castigo mayor

Merecia tu cautela ;

Díxele : ¿ si es para Estela ?

Y no replicó el pastor.

La triste madre gemia ,

Notando su desventura ,

Y por toda la espesura

Persiguiéndome , decia :

Vuélvame tu mano impía

Los hijos que me robó ;

Frutos son que un amor dió ,

Y á tu compasion apela;  
 Dile: son para Estela,  
 Y la avecita calló.

A mi pastora cantad,  
 Aves, mi amor verdadero,  
 Ya que un precepto severo  
 Me impide esta voluntad;  
 Decidle que en soledad,  
 De mis penas al compas,  
 Mi pecho cada vez mas  
 Se aflige y se desconsuela,  
 Pensando siempre en Estela,  
 Sin hablar de ella jamás.

En estas conversaciones pasaron todo aquel dia las pastoras en la fuente de los alisos: el discreto Merilo, respetando su soledad, no se atrevió á interrumpirla: por la tarde volviéron temprano á casa, donde ya creia Estela encontrar á su padre; pero todavía no habia llegado.

Veló toda la noche Margarita esperando á su esposo, pero amaneció sin que Raymundo pareciese en todo el dia. Lloraba Margarita; Merilo trataba de

ir á buscarle, y Estela inquieta por el autor de sus dias, olvidaba su funesto enlace, ocupada en los deseos de la vuelta de su padre. Despues de tres dias de una inútil esperanza, Merilo, impaciente, determina ir á Magalona. Armase de un herrado baston, se hace seguir de uno de sus criados, despídese de Margarita y su hija, y promete no volver sino con Raymundo.

Parte en efecto: queda la triste Margarita con Estela, la que en vano procura desvanecer sus temores: acompañábalas la amable Rosa, y todas las tardes la madre y sus dos hijas (que así las llamaba) salian al camino á esperar á Raymundo: cada dia se alargaban mas, y la anciana Margarita, con el auxilio de sus hijas, subia á las colinas, desde donde se descubria mas la campaña. Llegaba la noche, y se retiraban fatigadas; pero no se entregaban al sueño sin haber dirigido ántes una ferviente súplica al

Eterno, para que velase sobre los viajantes.

En uno de los momentos de tan piadosa ocupacion, oyen ladrar los perros; Estela corre precipitada á la puerta, y encuentra con el criado de Merilo, el qual venia solo, y traia una carta: presentóla con atitud tan turbada, que llenó de horror á Estela y su madre: Margarita, temblando, no se atreve á abrirla; tampoco Estela, y por fin Rosa abre la carta fatal, y lee así....

*Merilo á Margarita.*

«Preparad, discreta Margarita, todas  
» las fuerzas de vuestra alma, pues voy  
» á herirla con la herida mas penetrante.

« La guerra ha vuelto á encenderse  
» entre nuestro buen Rey y el de Ara-  
» gon: los corsarios españoles han sor-  
» prendido á Magalona, han degollado  
» la mitad de sus habitantes, y robado  
» é incendiado las casas, y volviendo  
» á sus naves al acercarse las tropas de

» Montpeller , no han dexado aquí mas  
» que cadáveres y soledad. Mi desgra-  
» ciado amigo estaba en la ciudad la  
» noche de tan espantosa desolacion. Los  
» pocos ciudadanos que huyéron del  
» furor enemigo , han vuelto , y Ray-  
» mundo no ha comparecido. Todas mis  
» diligencias han sido inútiles , y ya  
» no tengo esperanza de encontrarle.  
» Quando yo llegué , ya habian sepultado  
» todos los muertos : ¡ oxalá que yo hu-  
» biera corrido la misma suerte junto  
» con mi buen amigo !

« A Dios , discreta Margarita ; pensad  
» que os queda una hija , para la que es  
» preciso que vivais : á mí nada me que-  
» da ; por tanto , voy á confundirme  
» en un desierto , y á esperar , léjos de  
» vos y de mi patria , que la muerte  
» me reuna con mi amigo. Este es el  
» único medio que halla mi corazon para  
» no cansar mas con su firmeza á aquella  
» á quien no me atrevo á decir á Dios ».

Desmayóse Margarita á la lectura de esta carta: Estela, deshecha en lágrimas, trabajaba por volverla en su acuerdo, y Rosa socorria á entrámbas. Recobróse por fin Margarita; pero todavía no la aliviaba su llanto, porque no podia exhalar su dolor mudo y profundo. Despues de un largo y tenebroso silencio, hizo buscar al criado de Merilo para que le hiciese una relacion mas individual de tan funestos accidentes, pero ya no estaba en Masana: su amo le habia mandado que al instante partiese á Lezan á vender todos sus bienes, determinado á no volver á su patria, y acabar sus dias en tierras extrangeras.

La desconsolada Margarita pensó morir de su dolor: Estela le prodigó todas aquellas atenciones tan dulces para las almas sensibles, y de que ellas solas son susceptibles. Continuamente al lado de su madre, velando sobre todos sus instantes, sabia consolarla sin hablarle

de consuelos. Desesperada ella misma de haber perdido á su padre, entregándose á los movimientos de su alma, mezclando sus lágrimas con las de su madre, acababa enxugándose las. Quanto puede imaginar la ternura mas ingeniosa, quanto puede poner en práctica la piedad mas delicada, todo fué empleado por Estela. Recompensóla el cielo conservando á su madre; mas hasta el día en que se certificó de haber sosegado un poco su lastimado corazon, la virtuosa pastora se prohibió hasta el pensar en Nemoroso.

Pasados mas de dos meses en tan piadosas ocupaciones, permitió Estela á su corazon que se ocupase en su amor. Nada podia ya oponerse para llegar á ser esposa de su amado. Merilo, expatriándose, habia renunciado sus derechos: Margarita estaba léjos de oponerse á una felicidad, la que únicamente podia aliviar sus males: la aurora de un nuevo

y dichoso dia comenzaba á amanecer á los ojos de la pastora : solamente faltaba el encontrar á su amante.

Margarita fué la primera que habló del asunto : Estela se enrojeció , y la abrazó : la buena madre despachó al instante sus criados en busca de Nemoroso : Estela y Rosa le buscáron en las montañas de Ledignan y bosques de S. Nazario : extendiéronse hasta el valle de Florian ; se acercáron á las orillas del Vidurlo , é hiciéron resonar las desiertas rocas de Couta con el nombre de Nemoroso : todas sus diligencias fuéron vanas , y volvian cada vez mas afligidas á la presencia de la buena Margarita , que procuraba consolarlas.

Un dia que Estela y la fiel Rosa se habian extraviado acia la parte de Cardet , y fatigadas de un largo camino , se habian sentado baxo un terebinto , Estela , mirando á lo léjos las cabañas de la comarca , comenzó á cantar así :

Si acaso hay en vuestra aldea  
Un pastor gallardo y tierno,  
Que se ama al primer instante,  
Y mucho mas con el tiempo;  
El es mi amigo,  
Volvédmele,  
Que á mí me ama,  
Yo le amo á él.

Si embelesa con sus voces  
De vuestras selvas los ecos,  
Y suspenden las pastoras  
De su albugue los acentos;  
El es sin duda,  
Volvédmele,  
Que á mí me ama,  
Yo le amo á él.

Si sin mas voz que sus ojos  
Enternece vuestros pechos,  
Y su modesta alegría  
Produce siempre el contento;  
El es sin duda,  
Volvédmele,  
Que á mí me ama,  
Yo le amo á él.

Si al pasar por su cabaña  
Un infelice pidiendo  
Del ganado un corderillo,

El le da madre y cordero ;  
 El es sin duda ,  
 Volvédmele ,  
 Que á mí me ama ,  
 Yo le amo á él.

Apénas habia acabado Estela su canto, quando un muchacho, como de trece años, que la escuchaba sin ser visto de ella, sale de un pequeño bosque poco distante, y le dice con voz enternecida: yo conozco al que buscais; seguidme, y os entregaré á Nemeroso.

Al oír este nombre la pastora no puede contener un grito de alegría; aprieta la mano de Rosa, da las gracias al muchacho con la mayor dulzura, y ámbas le siguen. Hilárico (así se llamaba el muchacho) las conduce á las orillas del rio; desata una barquilla detenida con un lazo de juncos, hace entrar á las dos pastoras, se apodera del remo, y las traslada á la orilla opuesta.

Rosa temia, y Estela la aseguraba. El

muchacho las conduce acia los bosques de Maigron: dudaron de entrar solas con él; pero la edad de su conductor, y sobre todo la esperanza de hallar á Nemoroso, las determinaron. En efecto, marchan por varias sendas, suben y baxan algunas colinas, y por fin encuentran un estrecho camino que las conduce al valle de Remistan; lugar agradable, pero lugar de destierro, donde el fiel Nemoroso pasaba las noches llorando su enamorada, y los dias sobre los montes mirando su casa desde léjos.

Ya los últimos rayos del sol no herian mas que las cumbres de los collados, quando Hilárico y las dos pastoras llegaron al valle. Estela mira inquieta la cabaña, la huerta y el sosegado estanque; no ve á Nemoroso; pero ve desde léjos su ganado y al leal Medoro, con cuyos objetos empieza á derramar lágrimas de alegría; su corazon late tan aceleradamente, que se ve precisada á

arrimarse à un álamo mientras se pasaba conmovion tan viva. Iba ya á continuar su camino, quando advirtiendo algunos caractéres grabados en el tronco, se detuvo, y leyó estas palabras.

Arbol bello, que me acuerdas

Aquellos en que mi mano

Grababa el nombre apacible

De mi dulce dueño amado;

Herboso fecundo valle,

Veloz arroyuelo claro,

De Estela me acuerdo al veros,

Y la busco, pero en vano:

¡Dexadme, tristes memorias,

No me estéis atormentando!

Si tal vez, baxo estas ramas,

Cierro los ojos cansados,

Entre las sombras del sueño

Su imágen estoy mirando;

Pero despierto al iastante,

Y solo y triste me hallo,

Que ni aun soñadas no duran

Las dichas de un desdichado:

¡Dexadme, tristes memorias,

No me esteis atormentando!

¡Pero qual es mi delirio,

Sin conocer insensato

Que mi destino funesto

Solo es vivir de trabajos !

Ah! perdiéndolos, perdiera

Recuerdos del bien que amo,

Y mi corazon entónces

Clamara con sobresalto :

¡ Volved, ó dulces memorias,

Que me estais alimentando !

Enxugaba Estela sus ojos para volver á leer estos versos , quando Hilárico descubrió á Nemoroso que baxaba del monte por el mismo camino en que ellos se habian detenido , y al momento se escondiéron entre unos espesos membrillos , y la pastora trémula observaba con lagrimosos ojos todos los movimientos del pastor , el qual baxaba silencioso , la vista fixa en el suelo , y trayendo en las manos una cinta verde , que Estela le habia dado en tiempo mas dichoso. Quando llegó á emparejar con el sitio en que se habian ocultado las pastoras , se detuvo largo rato mirando fixamente

la cinta, y luego desviando subitamente la cabeza, exclamó así: ¿De que sirve aumentar mis males con las memorias de una felicidad perdida? ¿para que es conservar todavía las prendas de un amor que jamas puede ser venturoso? Ya no quiero verte mas, cinta fatal, cuyo color me ha engañado; vete léjos de mí para siempre, juntamente con mis falsas esperanzas.

Diciendo así, arroja la cinta y comparece mas tranquilo: pero llevando el viento la cinta acia los membrillos, Nemoroso acude prontamente á cogerla; pero le previno Estela, y presentándosela, le dixo: No te ha engañado la cinta, que Estela siempre te ama, Nemoroso la mira sorprendido; apenas cree lo que ve, y queda inmóvil: en fin vuelto en sí, grita enagenado, cae desfallecido, y alarga á Estela sus brazos. La pastora apretándole la mano, le levanta con una dulce sonrisa, dicién-

dole: sí, yo soy, yo soy la que viene á buscar su dulce amigo; ya nada tenemos que temer: levántate, levántate, Nemoroso; nuestra felicidad vuelve á renovarse.

Acude Rosa con Hilárico, y confirma al suspenso pastor la seguridad de una dicha que todavía mira como un sueño; y luego que el feliz Nemoroso se halla en disposicion de escucharlas, le llevan al pie del álamo, donde se sentó en medio de ellas.

Allí le refirió Estela los sucesos que habian ocurrido, la desgracia de Raymundo y la generosa conducta de Merilo: dió nuevas lágrimas á la memoria de su padre, con lo que Nemoroso no necesitó reflexionar para alejar de su corazon el menor movimiento de una alegría que podria haber ofendido á su pastora.

Luego que Estela acabó su narracion, Rosa queria que el pastor sin detenerse volviese á Masana; pero Nemoroso entón-

cés suspira, baxa los ojos, y levantán-  
dolos tristemente acia Estela, le dixo:  
Mi bienhechor, el respetable Remistan,  
me ha hecho jurar que le esperaria aquí:  
el me ha llenado de bienes; me ha  
dado su cabaña, su rebaño, y en un  
momento en que me hallaba solo en el  
universo, precisado á renunciar á mis  
amores y á mi patria. ¿Podré faltarle?  
¿podré violar un juramento que ves gra-  
bado en este árbol junto á el que yo  
venia á renovar todos los dias el de  
amarte hasta la muerte? Estela, afligida  
y sorprendida, no se atrevia á empe-  
ñar al pastor en que faltase á su palabra,  
ni á él se le pasaba por la imaginacion.  
Solo Rosa buscaba pretextos, quando  
el jóven Hilárico, mirándolos con gra-  
vedad, les dixo: De mí solo depende  
vuestra felicidad: no basta para vuestra  
union el consentimiento de Margarita;  
necesitais tambien el de Hilárico.

Admirados los amantes no podian com-

prehender el sentido de estas razones, quando el muchacho añadió: oidme, y dad gracias al cielo de haberme hallado: sin mí, el amable Nemoroso todavía estaria dos años desterrado en este valle.

Ha tres meses, poco mas ó ménos, que yo estaba sobre esta colina cazando paxarillos con mis redes, quando vuestro padre Raymundo, que se habia extraviado en estos bosques, llegó á pedirme que le conduxese al valle de Remistan. Hícelo así, advirtiéndome durante el camino que estaba triste y pensativo. Hallamos al buen anciano Remistan texiendo cestas de juncos en el mismo sitio en que ahora estamos. Raymundo, despues de haberle saludado, me suplicó los dexase solos, porque tenia que hablar en secreto al solitario: esto mismo excitó mi curiosidad, y fingiendo separarme de ellos, me oculté en esta misma parte para oírlos: confieso que hice mal, pero mi falta resulta en utilidad vuestra.

Refirió Raymundo al solitario tu amor  
acia Estela, sus ideas de casarla con  
Merilo, y la palabra que aquella misma  
mañana habia exigido de vos relativa  
á que para siempre pasaríais á la orilla  
opuesta del Gardon. La virtud y sumi-  
sion de Nemoroso, añadió, me han  
conmovido vivamente : yo le quito su  
enamorada y le destierro de su patria;  
quiero á lo ménos hacerle mas lleva-  
dero su destierro. Conozco demasiado á  
Nemoroso para lisonjearme de que acep-  
tase nada de mí; pasarán por vuestras  
manos mis dones, y así añadiré al gusto  
de ser benéfico, el de ser ignorado.

Yo sé, prosiguió, que ha mucho  
tiempo os atormenta el deseo de vol-  
ver á vuestra patria : muchas me habeis  
convidado con la venta de este hermoso  
valle ; ponedle el precio que quisierais ;  
yo le pagaré al instante , con que bus-  
queis un medio de que Nemoroso acepte  
esta débil satisfaccion de quantos males

le ocasiono, y al mismo tiempo hagais de modo que jure no salir de aquí en largo tiempo.

Así habló Raymundo, y los dos ancianos, convenidos, meditáron el modo de atraeros á este valle, y resolviéron valerse de mí: inmediatamente compró Raymundo quantos bienes queria daros: luego me buscó, y sin decirme nada de lo que yo ya sabia, me ordenó que os siguiera, prometiéndome quatro corderos si conseguia conducirlos á este sitio.

Salí á buscaros, y os hallé en la península del Ners, y sin ser visto os escuche el dia que Estela fué á hablaros. Al dia siguiente os seguí por el camino, y fingiendo necesidad de vuestro socorro contra el lobo, os conduxé adonde yo queria: Remistan hizo lo demas. Raymundo le dió los quatro corderos prometidos encomendándome el secreto que he guardado fielmente. Pero hoy escuché que Estela os pedia á quantos

objetos se le presentaban; le querido dar fin á sus penas, creyendo que la muerte de Raymundo me absolvía de un secreto tan fatal para vuestros corazones.

Concluyó Hilárico, y Nemoroso le abrazó mil veces; y le dixo: Amigo, pues ya son míos este valle, esta huerta y esta cabaña, yo te les doy desde ahora. ¿Que necesidad tengo de poseer nada, viviendo cerca de mi Estela?

Ella, aprobando la liberalidad de Nemoroso, habló largo rato con gusto de la bondad de su padre: su amante le tributó tambien mil elogios, y estos dos virtuosos corazones, olvidando sus pasados males, ofrecieron lágrimas á la memoria de su antiguo perseguidor.

Entretanto la noche desplegaba su manto, y ya era tiempo de volver á Masana. Nemoroso, dexando su ganado al cuidado de Hilárico, se puso en camino con las pastoras, y llegando á las orillas del

Gardon, unos pescadores los pasaron á la ribera opuesta, desde donde habia muy corta distancia hasta la aldea.





# ESTELA.

## LIBRO CUARTO.

---

**E**s necesario haber conocido la horrible desgracia de vivir léjos de lo que se ama, para formarse una idea de los transportes que experimenta el alma quando se le restituye el bien que habia perdido. Es preciso haber derramado las lágrimas amargas de la ausencia, para conocer la delicia de las dulces lágrimas de la vuelta. Yo te compadezco, desgraciado amante, á quien un destino cruel ha precisado á separarte del objeto de tus ansias. Cada paso que adelantas aumenta tus males; cada hora te recuerda un placer malogrado; calculas desesperando todos los instantes que han de pasarse ántes que finalice

tu

tu destierro ; crees abreviarlos contándolos sin cesar : mil veces vuelves los ojos al camino que conduce á los lugares en que dexaste tu corazon : le mides con espanto , y quando descubres al viajante sobre este camino , te se hace su destino mas envidiable que el de los monarcas poderosos. Yo te compadezco , mas ; quan digno de envidia serás el dia que vuelvas á tu querida ! el dia en que , divisando su casa desde léjos , la verás que espera en su ventana el feliz instante que debe recompensar tantos pesares. Ah ! este instante... pero si se prolongara , no podrias sopolitare : tu alma , que pudo resistir tantos tormentos , no podria sobrellevar tanta felicidad.

Así lo experimentaba Nemoroso : atravesando el rio con su enamorada ; hallándose en el valle que nunca esperaba volver á ver ; pensando que iba á vivir cerca de Estela , amarla y poseerla den-

tro de breve tiempo. La commocion que le causaban estas ideas y estas esperanzas, casi le quitaban el uso de la razon.

Ya era noche cerrada quando llegaron á Masana. Margarita, inquieta por su hija, habia enviado sus pastores con encendidas teas á buscarla, creyéndola extraviada. El placer que experimentó al verla presentarse con Nemoroso, fué el primero que sintió, despues de la muerte de su esposo. Abrazó al jóven pastor, y luego juntando su mano con la de su hija, le dixo: Su corazon te ha elegido; el suyo y el mio siempre deseáron lo mismo: sé su esposo y hazla tan feliz como es querida de su madre.

Los dos amantes se arrojan á los pies de Margarita; esta les dió su bendicion, y levantándolos con ternura, les dixo: Yo espero, hijos míos, que me hagais una gracia: apénas han pasado tres meses desde que murió mi digno esposo: permitidme el diferir vuestra union hasta

el fin de los seis primeros meses. Muy bien sé que llegado este tiempo, mi dolor será el mismo; pero la decencia lo exige así. Por otra parte, qualquiera que sea mi inclinacion á Nemoroso, sola la idea de que no era de la aprobacion de mi esposo, me parece que prescribe esta dilacion: perdonadme, hijos mios, la decencia lo exige, y mi corazon lo suplica.

Enternecióse, diciendo esto, Margarita: los amantes la consoláron, prometiéndole no tratar del asunto hasta que expirase el término señalado. Nemoroso, despues de haber dado mil veces gracias á Margarita, á Estela, á Rosa y al cielo, trasportado de alegría vuelve á su antigua cabaña, y se entrega á la dulce alegría de considerar, que ya nada puede oponerse á su felicidad.

Al otro dia, al amanecer, ya estaba en el valle: no tardáron en seguirle Estela y Rosa, las quales se detuviéron á lo

léjos mirando al pastor, que de árbol en árbol iba reconociendo las antiguas cifras que en ellos habia grabado. Besaba las que encontraba y renovaba las que el tiempo habia destruido. Embriagado de amor, no podia cansarse de mirar aquellos sitios : extendia sus enternecidos ojos á quantos objetos le rodeaban, y cruzando de unos á otros les dirigia estas palabras.

Yo os saludo , verdes selvas,  
Valles y bosques sombríos,  
Que abandoné con tristeza,  
Y con alegría miro ;

Arboles en cuyos troncos  
Estoy viendo repetidos  
De mis amantes finezas  
Recuerdos vegetativos.

Quando me arrojó un precepto  
De tan apacibles sitios ,  
Dexé en ellos mi esperanza,  
Y llevé mi amor conmigo.

Encontré en otros lugares  
Arroyuelos cristalinos ,  
Frondosidades amenas ,

Pero no con tanto hechizo :

En la patria sí que agradan  
Fuentes, flores, plantas, rios;  
Todo es allí mas hermoso,  
Todo es allí mas querido.

Sin mudar techo ni amores,  
Habiendo ya envejecido  
Junto á la preciosa causa  
De un amor honesto y fino.

¡O que dulce es exhalar  
El postrimero suspiro,  
Y acabar la vida donde  
Tuvo la vida principio!

*Era entónces el principio del estío,*  
todos los rebaños del valle, segun anti-  
gua costumbre, debian en breve dexar  
las riberas del rio y trasladarse á las  
montañas, para disfrutar de un clima  
ménos ardiente, y de paslos mas frescos.  
Las ovejas de Estela, juntas á las de  
su amante, que Hilárico traxo al dia  
siguiente, formaban un rebaño nume-  
roso: por tanto era necesaria la presen-  
cia de su dueño, para que en un pais

extrangero velase sobre los pastores que habian de conducirle. Siempre habia hecho este viage Raymundo, y así Margarita exigió que le substituyese Nemoroso, á quien dixo: A ti te pertenece, *hijo mio*, la conservacion de los bienes de tu esposa; por otra parte, tu vuelta á la patria, tu pasion á Estela y la continuacion cerca de ella, que no sabrias reprimir, servirian de pretexto á la calumnia: es preciso que te ausentes: conduce nuestros rebaños á la sierra; volverás á principios del otoño; para entonces habrá finalizado el luto de Estela, y vuestro casamiento será la recompensa de tu sumision á mis consejos.

Traspasó los corazones de los amantes esta prudente resolucion de Margarita, pero conociéron la precision: aun la misma pastora lo exigió de su querido á pesar del intenso dolor que le causaba sola la idea de separarse de Nemoroso, y el desdichado, siempre rendido á las

insinuaciones de Estela, no se atrevió á quejarse, apénas conoció su deseo.

El instante de la partida de los rebaños es una época célebre en el bello pais que Estela vivia. Cada pastor señala sus reses con una letra, ó con una cifra; junta los zagales que deben llevarlos á la montaña; les da órdenes, consejos, armas para defender el ganado, remedios para sus enfermedades y provisiones para sí mismos. En un dia fixo, y en hora señalada, se rennen todos los ganados de la aldea en un mismo sitio, del que salen juntos. Abren la marcha las cabras, tropa indócil y ligera, que se adelanta levantando las cabezas, travesca, se extravía, vuelve, toma los caminos mas ásperos, se sube á las empinadas rocas, se para allí, como colgada, para comer las extremidades de las verdes ramas, no teme á pastor ni perro, y solo sigue su capricho.

Detras de ellas, á larga distancia,

caminan los grandes y fuertes carneros, á quienes han despojado de la lana para teñirla de diversos colores : sus astas estan adornadas de cintas, con que parece que aumentan su fiereza y gravedad : caminan seguidos de los perros armados de carlancas, cuyas aceradas puntas resplandecen á los rayos del sol : estos veladores leales y obedientes cedén el paso á los carneros quando no hay peligro, pero se adelantan al mas leve recelo.

Detras de estos van los tiernos corderillos con sus madres, tropa innumerable, cuyos cencerillos hacen un confuso continuado estruendo, que acompañan los ladridos de los perros y las canciones de los jóvenes pastores. Estos últimos cierran la marcha : vestidos lo mejor que pueden, adornan sus sombreros y rústicos instrumentos con los ramilletes que les han dado sus queridas. Armados de venablos en vez de cayados, mezclan

cierito ayre guerrero con su natural dulzura. Rodeados de todos los habitantes del lugarejo, caminan tocando sonatas correspondidas de aplausos: las pastoras se presentan al paso; muchas de ellas lloran: todas hacen votos por su pronto y feliz retorno, y enlazadas de las manos, los acompañan hasta un arroyo, en donde se separan cantando alternadamente de este modo.

*PASTORES.*

A Dios, bellas pastoras,  
Honor de estas riberas,  
Que á tierras extrangeras  
Partir es precision:  
Pero hasta que volvamos  
A ver las que adoramos  
No habrá para nosotros  
Gusto, placer ni amor.

*PASTORAS.*

A Dios, á Dios, queridos,  
A Dios, dulces amantes,  
Volved siempre constantes  
Con tierno corazon:

Que hasta volver á veros,  
 Leales y sinceros,  
 No habrá para nosotras  
 Gusto, placer ni amor.

*PASTORES.*

Tendrán en otro clima  
 Mejoras los ganados,  
 Pero en vuestros amados  
 Creciendo irá el dolor:  
 Sin que para consuelo,  
 En tan remoto suelo,  
 Alivio alguno encuentren,  
 Gusto, placer ni amor,

*PASTORAS.*

Quando por nuestra patria  
 Cruzare el caminante,  
 Se detendrá al instante  
 Lleno de admiracion:  
 En pais tan hermoso,  
 Preguntará curioso,  
 ¿ Como es que no se halla  
 Gusto, placer ni amor?

*PASTORES.*

Si otras pastoras bellas,  
 Porque nos consolemos,  
 Quieren que os olvidemos,

Les dirá nuestro ardor :  
Aunque sois tan hermosas,  
Pastorcillas preciosas,  
No cabe ya en nosotros  
Gusto , placer ni amor.

*PASTORAS.*

Si acaso á sorprendernos  
Viene algun cortesano,  
Dirémosle , es en vano  
Tu intento seductor :-  
Que hasta que los pastores,  
Tan finos en amores ,  
Vuelvan , no habrá en nosotros  
Gusto , placer ni amor.

Tal es el órden de esta fiesta , cuya verificacion vió Nemoroso con tanto dolor. No presenció la despedida , porque tantos testigos hubieran violentado la suya. Entanto que todos los rebaños se juntaban en el valle , y el de Margarita se ponía en camino , baxo la conducta de quatro pastores sujetos á las órdenes de Nemoroso , este desgraciado amante habia acordado con Estela de salir á la fuente de los alisos.

Ambos llegaron á ella bien anticipadamente; Rosa acompañaba á su amiga: en fin, se miran, se acercan, quieren hablarse, y no pueden articular palabra alguna. Su lengua estaba como pegada á sus fauces; un horrible peso los oprime, se cogen de las manos, se miran llorando, y guardando siempre silencio, van á sentarse junto á la fuente, y Rosa se detiene detras de ellos.

Por fin le dixo el pastor: ¡ con que es preciso separarnos! ¡ es preciso sufrir nuevamente los tormentos que han pensado matarme! ¡ Y tú lo has querido! tú lo has mandado! Ah; querida mia, yo te obedeceré; pero pronto sabrás lo que habrá costado esta obediencia. Diciendo estas palabras, dexa el pastor la mano de Estela, y desvía sus ojos llenos de lágrimas. Estuvo Estela algun tiempo sin responderle, pero al fin con trémula voz, le dixo: ¡ estos son tus consuelos! ¡ este es el modo con que su

mismo dueño trata mi corazón! Ingrato! ¡ Soy yo la que me quedo, y tú te atreves á quejarte! ¡ tú te atreves á comparar esta separacion con aquella de que no puedo acordarme sin horror! Piensa que ya es sabido el término de tu ausencia; que la mano de Estela será tuya, y que ya nada turbará.... Ah! perdona, Estela mia, exclamó el pastor; el dolor me hace delirar: yo te dexo, te dexo.... esta sola palabra me quita el juicio: mi alma se halla afligida con los mas tristes presentimientos: me persiguen las ideas mas funestas, y una secreta voz me dice que me acerco al mayor de los males. ¡ O dulce amiga mia! júrame que siempre me amarás: mil veces me lo has dicho, pero no son bastantes; repítelo otras mil ahora; prométeme que nunca me olvidarás, y.... Yo olvidarte! interrumpió Estela, mira los lugares en que me dexas; aquí todo está lleno de tí; aquí te veré por todas

partes, al paso que en el pais adonde vas, mil nuevos objetos aliviarán tu dolor; aquí todo aumentará el mio: este prado, esta fuente, tu casa, la mia, quanto me rodeare y quanto vea, todo me hará presente á Nemoroso: vendré todos los dias á estos prados, y no encontraré en ellos á mi dulce amigo; vendré á sentarme junto á esta fuente, y mis lágrimas bañarán el sitio en que estás ahora: pasaré por delante de tu casa, y me parecerá un espantoso desierto: entraré en la mia, pero sin la esperanza de encontrarte en ella. Ah! mi bien amado, no temas que yo te olvide, pero temamos.... tus terrores se trasladan á mi alma, y experimento, como tú, horribles presentimientos. Ayer, al declinar el dia, el ave de la noche se puso sobre mi ventana, y no cesó en sus lúgubres gemidos hasta romper el alba. Mi bien, amado mio.... no, no te vayas; vuelve á la presencia de mi buena madre; nuestras lágrimas la ablan-

darán: no te vayas, Nemoroso, quédate conmigo con la mitad de tu alma: que dices? respóndeme; quieres ausentarte?

Oyó Rosa estas palabras, y se acercó á ellos, quando ya Nemoroso, lleno de alegría, iba á consentir en quanto Estela descaba: opúsose á su resolucion, les recordó la de Margarita en quanto á no casarlos hasta el otoño, el escándalo que causaria la vuelta de Nemoroso, la obediencia que debian á su tierna madre y sobre todo el pesar que le causarían.

Lloraban los amantes miéntras hablaba Rosa, pero cediéron á sus razones. Levántase Nemoroso para partir, y Estela le detiene, y le da una cifra hecha de sus cabellos, la que el pastor puso sobre su corazon, y luego besándole la mano, le dixo, á Dios, sollozando; repitióselo cien veces, siempre diciendo que aquella era la última vez que se lo decia, y no puede resolverse á tomar el camino: tambien Estela le

decia, á Dios, y que se fuese, pero no le dexaba de la mano. En fin Rosa los separa, y á pesar del llanto y gritos de Nemoroso, arrebató á la desgraciada Estela, que aun volvía la cabeza y se detenía alargándole los brazos.

Inmóvil el pastor la seguía con los ojos; perdióla de vista en breve, y siempre la miraba. En fin, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se aleja de la fuente, y toma el camino de Lezan. Cerca de esta aldea alcanzó su rebaño: siguió acia Anduce, pasó el bosque de Valory, y dirigiendo sus pasos acia el Melouze, despues de diez y siete dias de marcha, llegó á las riberas del pequeño Galaizon.

Allí era donde debía pasar el estío. Su primer cuidado fué el buscar los pastos mas solitarios, para no distraerse de sus sentimientos. Separado de los demas pastores, ocupado solamente de Estela, se emboscaba en los montes,

y subia á las rocas mas escarpadas, para mirar acia el camino de Masana. Impaciente de ver finalizar el dia, encerraba su ganado mucho ántes de la noche, y se retiraba temprano á su cabaña, como si así abreviase el tiempo.

Habian pasado diez y siete dias, y estaba ya casi desanimado, quando una mañana sepultado en la melancolía mas profunda que hasta entónces habia experimentado, se levanta ántes del alba, y se asienta en un peñasco separado. Aun no ilustraba la aurora el horizonte; las estrellas esmaltaban con sus brillantes luces la vasta extension del universo; la luna declinando en su carrera, reflexaba su débil y trémula luz en los cristalinos arroyuelos; toda la comarca estaba cubierta de un obscuro velo, y solamente algunos resplandecientes insectos, variamente esparcidos, se distinguian en la obscuridad.

Nemoroso, despues de haber consi-

derado largo tiempo esta profunda calma que aumentaba su tristeza, fixa sus ojos en el oriente, y canta de este modo.

O demasiado lento y perezoso  
Lucero, precursor del claro dia,  
Muestra á mis ojos tu esplendor hermoso:  
Ay! en la obscura noche el alma mia  
Apetece las luces de la aurora;  
Mas quando brilladora  
Y apacible amanece,  
El dia me parece  
Un siglo dilatado  
De mi amoroso dueño separado.

En esta soledad todo reposa,  
De mis tiernas ovejas los esposos  
Duermen con ellas en union dichosa,  
Juntos con sus hijuelos cariñosos:  
El rústico palomo adormecido,  
En abrigado nido  
Descansa dulcemente;  
Yo solo tristemente  
Gimo y velo angustiado  
De mi amoroso dueño separado.

Mas que! en estrecho eterno lazo unido  
Al digno y tierno objeto de mi alma,  
Quando mi ausencia hubiere fenecido,

Me espera de mi amor la dulce palma...  
Mas ay! es vana la esperauza mia,  
Porque de noche y dia  
Tristes presentimientos,  
Cruelles y violentos,  
Me tienen agitado,  
De mi amoroso dueño separado.

Así cantaba el desdichado pastor quando la diligente aurora bañaba de purpúreos colores las montañas. Nemoroso, tan sensible en otro tiempo á las gracias de la naturaleza, contempla ahora sin placer el magestuoso nacimiento del sol. Volvia tristemente á su rebaño, quando vió á lo léjos una pastora que acia él se encaminaba. Su primer movimiento fué huir para no encontrarla en el camino; mas creyó conocerla y se detuvo mirándola. Acercábase ella á paso lento, juntas las manos, y como fatigada y dolorida. Nemoroso la considera, y queda extremadamente sorprendido reconociendo á Rosa.

Lleno de turbacion y espanto corre á ella precipitado, la ve llorosa, y no

se atreve á preguntarle el motivo de su viage: cubierto de una palidez mortal, espera silencioso que Rosa le instruya acerca de su suerte.

Infeliz Nemoroso, le dixo la pastora, yo no he querido confiar de nadie el triste deber de que en este dia se desempeña mi amistad: Estela me lo ha perdido; ella ha exîgido de mí que viniese á haceros presentes las últimas expresiones de su amor, la última despedida de su corazon.... Que decis? exclamó Nemoroso, Estela ha muerto? Vive todavía, pero ha muerto para vos. A estas palabras cae Nemoroso privado de todo sentimiento. Rosa trae agua de una cercana fuente, le baña el rostro, y le llama tiernamente. El infeliz abre los ojos, é inclinándolos dolorosamente á Rosa, le dixo: acabadme por compasion, acabadme. ¡Estela se ha mudado! ¡Estela no me ama!.... mi vida es un suplicio horroroso.... se ha mudado.... ya no me ama. Repitiendo estas palabras

vuelve á caer, dando con el rostro en el suelo; abraza estrechamente la tierra como su último asilo; muerde las piedras y las yerbas que baña con sus lágrimas.

Estela os ama, le respondió Rosa; y este amor que no puede apagarse, este amor que le es mas dulce que la vida, la hará desdichada para siempre. Oyendo esto Nemoroso, levanta la cabeza, y le dice: ella me ama? me lo asegurais? no me engañais? Ah! si su corazon es todavía mio, hablad, que todo podré tolerar. Vuelve Rosa á asegurarle de que Estela no puede mudarse: el pastor, mas sosegado, enxuga su llanto, y presta atento oido á la siguiente narracion de la fiel Rosa.

No ha ocho dias que la feliz Estela me decia continuamente que dentro de dos meses seriais su esposo: todas las mañanas veniamos juntas á la fuente de los alisos; allí pasábamos los dias enteros hablando de vos, y quando al retirarse

las espigaderas , conocíamos que era hora de hacerlo tambien nosotras , volvíamos á la presencia de Margarita , á quien hablábamos de lo mismo.

Una tarde que estábamos entretenidas en dulce conversacion , oimos llamar fuertemente á la puerta : sorprendímonos desde luego , pero recobradas , Estela y yo fuimos á abrir la puerta : juzgad qual seria nuestra turbacion , reconociendo á Raymundo y á Merilo. El primer movimiento de Estela fué el de precipitarse al cuello de su padre ; túvole abrazado largo rato , y sin hacer caso de Merilo , corrió á anunciar á su madre la inesperada llegada de su esposo.

Ay , amigo ! todavia se llenan de lágrimas mis ojos , al acordarme de la sorpresa y extremos de Margarita. Apenas daba crédito á sus ojos , y no podia separarse de los brazos del anciano : le bañaba con sus lágrimas , y se las enxugaba para mirarle de nuevo , y ase-

gurarse de que él era el que estrechaba en sus brazos. Raymundo sofocado entre sollozos hacia inútiles esfuerzos para hablar. Abrazado á competencia de su hija y su esposa, este anciano de *condicion* tan poco suave, no podia resistir los *impulsos* que le agitaban en aquel momento.

En fin, quando aquella comun alegría se hubo templado un poco, Raymundo, tomando á Merilo de la mano, le presenta á Margarita y á su hija. Ved aquí á mi libertador, les dixo: este es quien os vuelve padre y esposo: escuchad lo que ha hecho por mí.

Entónces, á pesar de la resistencia de Merilo, nos refirió Raymundo como la misma noche de su llegada á Magalona los corsarios españoles habian sorprendido y saqueado el pueblo: que él, despertando de los primeros, armado solamente de un palo, se habia defendido largo rato; pero que agoviado del

número, y cubierto de heridas, habia sido preso y llevado á las vencedoras naves, que se hicieron á la vela al rayar el alba. Fué llevado á Barcelona, en donde despues de su curacion le habian pedido por su libertad tan exôrbitante precio (\*), que el generoso anciano resolvió permanecer prisionero, ántes que causar la ruina de su muger y su hija, haciéndoles saber su desgracia. Resignado á todas las desventuras de su destino servia de marinero en las naves enemigas, quando un dia que descansaba sobre las riberas del mar, se le presentó Merilo repentinamente.

Este despues de haber tenido á Raymundo por muerto y habérselo escrito, habia vendido sus bienes para establecerse en el Rosellon: allí, sabiendo por los

---

(\*) Nota. Costumbre de aquellos tiempos: véase á Tamayo de Vargas en los *Hechos de Garcia de Paredes*; fol. 55.

marineros enemigos que Raymundo estaba prisionero en Barcelona, fué á esta ciudad con todo su caudal: este fué el precio de la libertad de Raymundo, y el virtuoso Merilo miró este dia como el mas feliz de todos los de su vida, y mas contento en su pobreza que lo habia estado quando rico, dió la vuelta á Masana con su amigo.

Lloraba Raymundo quando esto referia, y acabó tomando la mano de su hija, y diciendo al buen Merilo: Ved aquí el único bien que me queda, porque todo quanto poseo no igualaria á lo que os ha costado mi libertad: aceptadle, amigo mio, no para desafiarme, pues deseo quedaros siempre deudor, sino para añadir algo á lo que hicisteis por mí.

Al oír esto, interrumpió Nemoroso á Rosa, diciendo: Esto es hecho: llegó á su complemento mi desdicha: estimo, y aun amo á mi rival: Merilo ha mere-

cido la mano de Estela: ah; sean ellos felices, y yo solo el desdichado. Quería Rosa consolarle, pero Nemoroso la suplicó que prosiguiera, y ella lo hizo así.

A consecuencia de la accion de Merilo, conociéron bien Estela y Margarita, que ya nada podia suspender un enlace en que Raymundo ponía toda su felicidad. Este anciano, sin informarse de lo que habia pasado durante su ausencia, sin demostrar curiosidad ni disgusto, tomó aparte á Estela, y mostrándole sobre sus brazos las recientes señales de sus cadenas, le dixo mirándola atentamente: ¿Que día te casas con mi libertador? y ella le respondió, mañana.

Abrazóla Raymundo, mas notando que perdía el color la dexó con Margarita, y fué á preparar todo para el casamiento. Entónces os escribió Estela, pero yo quemé la carta que hubiera sido aumento de vuestros males, y temiendo vuestra desesperacion, y las funestas consecuencias

que pudieran recaer sobre mi amiga, he venido con Hilárico á daros esta terrible noticia, á llorar con vos, y á ofrecer los consuelos que caben en una tierna amistad. Este ha sido el motivo de mi viage; perdonadme el disgusto que os ocasiono.

¿ Con que están casados? preguntó el pastor con ceñudo semblante, á que respondió Rosa: casados están, y jamas se verificó enlace alguno baxo tan tristes auspicios. La desdichada Estela, pálida y reventando en lágrimas sus ojos, se ha conducido como arrastrando hasta el altar, y puesta de rodillas ha caido sobre el frio suelo. Quando ha sido preciso pronunciar el juramento, sus sollozos y su llanto le han embargado la voz, y sus ojos se han amortiguado. Margarita y yo, que exâminâbamos todos sus movimientos, hemos acudido al instante, y la hemos sostenido. Merilo ha querido suspender todo, pero Estela,

reuniendo sus fuerzas, se ha levantado, ha cogido á Merilo de la mano, y ha pronunciado con firme voz la terrible palabra que la liga para siempre.

Al salir del templo se apoderó de ella una ardiente fiebre, que nos hizo temer por su vida. Merilo, siempre ocupado, siempre atento y nunca importuno, le ha prodigado las mas tiernas atenciones: hace tres dias que los dos tuviéron una larga conversacion, y al terminarla lloraban los dos, pero Estela estaba mas tranquila: desde este momento calmó la fiebre, y su vida está asegurada en tanto que no os vea, porque de vos solo depende el hacerla morir. Si acaso alguna vez os atreveis á presentaros á ella, sin duda que la matará vuestra presencia: yo os suplico, Nemoroso, por mi constante amistad, por las virtudes de vuestro corazon, y por lo que amais á Estela, que nunca volvais á vuestra patria. Ya no teneis esperanza, todo se acabó para vos. No añadais vuestros males

aumentando los de vuestra querida, y encendiendo los zelos de Meiilo, no la hagais de una vez víctima de su padre, de su esposo, y de su amante.

Calló Rosa, y Nemoroso guardaba un silencio feroz; no lloraba, y miraba á Rosa sin verla; tenia tarda la respiracion, y no podia hablar ni llorar: viendo esto Rosa, despues de algunos momentos, alargándole la mano, le dixo: ¿me aborreceis? Esta pregunta hizo al pastor prorumpir en copioso llanto.

¡ Yo aborreceros á vos exclamó él, que sola en la tierra os dignais de compadecer mis males! ¡ Yo aborreceros, mi buena amiga! Ah! en tanto que este triste corazon palpita, siempre vivirá penetrado de vuestras bondades; poco tiempo será.... pero á lo ménos su último sentimiento será el de cumplir vuestra voluntad. Voy á partir, mi amada Rosa; voy á alejarme cada dia mas de ella, de vos y de todo quanto amo, y á poner,

si es posible, entre ella y entre mí la tierra toda. A Dios, mi amiga; mi única amiga, á Dios para siempre: sobre todo no le habéis nunca de mí; ignore los males que padezco; no pronuncieis mi nombre, pues bastaria á turbar su reposo: decidle solamente que he partido, que voy á vivir léjos de ella, á curarme tal vez de este funesto amor, á esforzarme en imitarla, y olvidar... No, Rosa, no; jamas... jamas... decidle, sí, que mi último suspiro será suyo, que espirando pronunciaré su nombre, y su amable imágen... Ah! Rosa, Rosa, no nos engañaban nuestros corazones el día de nuestra separacion: pero quanto mas os hablo de ella, tanta mas violencia me cuesta mi partida. A Dios, Rosa, mi amada Rosa, ya no me vereis mas. Dichas estas palabras la abraza estrechamente.

Esta pastora, que siempre habia sido verísima en el recato, recibia sin el

mas leve temor las tiernas expresiones de su amigo: ella le estrechaba contra su pecho, y mezclaba sus lágrimas con las de Nemoroso: su pudor no se ofendia de estas caricias; tanto es cierto que la verdadera amistad purifica todo quanto comprehende.

En fin, el desdichado pastor se separa de Rosa, y se aleja precipitadamente, sin pensar en Medoro ni en su ganado, que dexa abandonado. Rosa, asustada de sus extremos desesperados, se levanta, corre tras de él, le llama, y le alcanza, y resuelta á no abandonarle en estos primeros momentos de dolor, sigue sus pasos.





# ESTELA.

## LIBRO QUINTO.

---

**T**IERNA amistad, delicia de los buenos corazones, tú naciste en el ciclo, y á los primeros disgustos de los mortales baxaste á sostenerlos, consolarlos y hacerles tolerable la vida: el Criador siempre atento á aliviar con un beneficio cada una de las desgracias de la naturaleza, te opuso á *tí sola á todas* las penas de los hombres: tú sola, compartida á los humanos, haces el número de sus bienes mucho mayor que el de sus males: sin tí, vanos juguetes de la suerte, pasaríamos llorando los largos instantes de esta corta vida: sin tí, débiles naves sin timon ni pilotos, combatidos de contrarios vientos, vagando

sin destino sobre un mar lleno de escollos, pereceríamos sin ser compadecidos, ó viviríamos para ser todavía mas desdichados: tú eres el tranquilo puerto de nuestras tempestades, y adonde nos felicitamos despues de pasados los peligros: por tí los desgraciados olvidan sus penas, y los felices duplican sus satisfacciones: bienhechora de todos los hombres, tú les proporcionas gustos exêntos del veneno del temor y del remordimiento.

Estuvo Rosa con Nemoroso tres días, durante los quales le inspiró todos los consuelos de que era capaz el desdichado amante: sin informarse de si el camino que seguian la acercaba ó alejaba de Masana, no se ocupaba sino en tranquilizar quanto era posible el lastimado corazon del pastor: él era el amigo de su amiga, y este solo título la obligaba á amar á Nemoroso como si fuera hermano suyo, cuyo nombre le daba en

todas las aldeas y lugares adonde llegaban, en donde á porfía exercian con ellos la dulce hospitalidad.

Seguia Hilárico á lo léjos á la amable Rosa, y nunca se acercaba á interrumpir las tiernas conversaciones de la amistad: sin embargo, despues de tres dias advirtió á la pastora que se alejaba mucho de su aldea, y que podia extravarse desconociendo á la vuelta los caminos. Nemoroso confirmó la opinion del pastorcillo, y la amiga de Estela, despues de haber hecho al pastor que jurase de que cuidaria de su vida, se separó de él, y Nemoroso pudo en fin llorar libremente sus males.

Habiendo quedado solo el triste pastor, se metió entre fragosos bosques, donde permaneció muchas semanas, manteniéndose de silvestres frutas, y ocupado siempre en su dolor. Resuelto á dexar la Occitania, tomó el camino que primero se le ofreció, y caminando

sin destino alguno, despues de muchos dias llegó al llano de Santa Eulalia. Allí se detuvo de cansado, se acostó al pie de un árbol, y por algunos instantes se entregó al sueño. A poco rato le despertó una tierna y dulce voz, no desconocida á Nemoroso, que cantaba agradablemente de este modo.

Amantes que tolerais  
Los rigores de la ausencia;  
Los que la dura violencia  
De una mudanza llorais:  
Si con razon os quejais,  
Vuestra suerte desdichada  
De la mia es envidiada;  
;Mas que mucho que os exceda,  
Si al fin esperanza os queda,  
Y á mí no me queda nada!

Amaba yo una pastora,  
Su corazon poseia;  
Mas quien en la suerte fia,  
Sus inconstancias ignora:  
Pues qual rosa que á la aurora  
Hermosa y fresca amanece,  
Del caliz en que florece

Hace ayroso desenlace,  
El claro dia en que nace  
Es el mismo en que fallece.

Al dueño de mi ternura  
Se atrevió la parca fiera,  
Sin que salvarle pudiera  
Su juventud y hermosura:  
Seguiré su desventura,  
Y del sepulcro la piedra,  
Donde olvido eterno medra,  
Daré á mis ansias el colmo,  
Que quando se corta el olmo  
No puede vivir la yedra.

Penetrado Nemoroso de estos acentos, se encamina á la parte donde resonaban, y ve un pastor recostado en la yerba, apoyando la cabeza sobre una mano, y los ojos bañados en lágrimas. Apenas le hubo mirado, quando conoció á Isidoro, su antiguo compañero y primer amigo de su niñez, de quien Nemoroso no habia podido despedirse la primera vez que salió de Masana, en donde no le habia encontrado quando Estela le hubo traído.

Viéndose los dos pastores, corriéron uno á otro precipitadamente, y estuviéron abrazados gran rato ántes de hablarse: míranse luego con ternura, adivinan recíprocamente sus males, y se compadecen sin haberse hablado. Rompió el silencio Nemoroso, y le dixo: Amigo, yo veo que ámbos padecemos por un mismo motivo, y el amor... Ah! exclamó Isidoro, no hables sino de amistad; y diciendo esto se arroja nuevamente al pecho de su amigo: con todo, deseosos ámbos de contarse sus penas, se sientan á la sombra de un árbol frondoso, y Nemoroso refirió quanto habia padecido: lloró, é hizo que llorara Isidoro, quien le instruyó de sus infortunios en esta forma.

Tu conoces mis primeras desgracias, y sabes que huérfano desde la cuna, me criaba el discreto y buen pastor de Masana Casimiro, á quien lloran siempre los pobres, y no han podido reem-

plazar los ricos : murió el mismo día en que tú te ausentaste de nuestra aldea la primera vez : ântes de espirar me dixo estas palabras : Hijo mio, tú eres de noble sangre , pero nada tienes : tu padre y mi mejor amigo me confiô tu infancia : he procurado inspirarte las virtudes , única herencia que puede dexar un pastor ; sin embargo añado á ellas esta pequeña cantidad que he ahorrado , no sobre los pobres , sino sobre mí mismo : compra un rebaño , si quieres continuar la dulce vida de los pastores ; pero si te enardece la noble sangre que hierva en tus venas , ve aquí los títulos de tu nobleza ; vete á combatir por nuestro buen monarca , y procura que el valor resarza lo que te ha quitado la fortuna. En qualquiera estado que sigas , amado hijo mio , nunca olvides la virtud , y piensa alguna vez en mi ternura.

Diciendo esto , me dió un bolsillo , me apretó la mano y exhaló el último

suspiro : no te pintaré qual fué mi dolor, pues ves que me saltan las lágrimas á solo el nombre de Casimiro. Al día siguiente dexé á Lasana , que me parecia un desierto. Despues de haber buscado inutilmente, me resolví á ir á Montpellier á pedir plaza al jóven y famoso héroe Gaston de Foix , que gobernaba entónces nuestros estados. Partí con mis títulos y el oro de mi bienhechor : baxé acia la antigua poblacion de Sauve ; seguí las riberas del Vidurlo , y llegué al valle encantador en que está construido San Hipólito. Embelesado del paisage que me rodeaba, me senté á orillas del rio, y me recosté junto á un antiguo sauce para saciar mi vista del espectáculo que le arrebatava.

Eran los primeros dias de primavera : estaba toda la praderia esmaltada de aromáticas flores ; los tilos, laureles y otras olorosas plantas perfumaban el ambiente : los paxarillos se acariciaban

entre las ramas: los toros y carneros perseguian las vacas y ovejas sobre la yerba humedecida del rocío, y el céfiro agitaba á un tiempo mismo los frondosos árboles y las argentadas aguas: el dulce murmullo de las ondas, el apacible ruido de las agitadas hojas, los acentos sonoros de las aves y los balidos de los ganados, me llenaban el alma de una involuntaria turbacion, y como fuera de mí escuchaba á lo léjos esta pastoral cancion.

Pues que la primavera  
Viene vertiendo risa,  
Baxo estos avellanos,  
Cuya sombra convida  
Al júbilo, baylemos;  
Y puesto que festiva  
Naturaleza al gozo  
Este tiempo destina,  
De la estacion de amores  
No ha de perderse un día.

El apacible estruendo  
Del agua cristalina,  
Que por entre pizarras

Zigera se desliza,  
Y el soplo lisonjero  
Del céfiro, que agita  
Las hojas con sus alas,  
Concordemente avisan,  
Que en la estacion de amores  
No ha de perderse un día.

En estos verdes bosques  
La hermosa cardelina,  
Sobre este jóven olmo  
La amante tortolilla,  
En el viento la alondra,  
Y en la recién nacida  
Yerba el parlero grillo,  
En sus ecos publican,  
Que en la estacion de amores  
No ha de perderse un día.

Ay! este hermoso tiempo,  
Tiempo de las delicias,  
De duracion tan corta,  
Que apenas nace espira,  
Para los campos torna,  
Mas no se reanima  
En las amantes almas,  
Que de ello prevenidas,  
De la estacion de amores  
No han de perder ni un día.

En medio de la distraccion que ocupaba mis sentidos, me sobrecogió un apacible sueño, en cuyas sombras me pareció que te veia en el mismo traje que te veo: venias acia mí, y descansando en tu cayado me mirabas fixamente con lagrimosos ojos: huye, desgraciado, me dixiste, huye; todavía estás á tiempo, pero si malogras un momento, será tarde: aquí es donde el amor te espera para sujetarte á su imperio: Isidoro, ¡ quanto te compadezco! tú no conoces el temible amor, ah! plegue al cielo que nunca le conozcas, ni sientas los males que produce la ausencia ni las lágrimas que hace derramar el temor, ni los tormentos de los zelos, las sinrazones que se toleran, ni las justificaciones que no se aceptan. Isidoro, mi amado Isidoro, yo mismo soy miserable exemplo de los desgraciados que hace el amor: tiembla de ser todavía mas desventurado: tiembla....

A estas palabras desapareciste, y yo me hallé en un espantable desierto, sentado á la orilla de un torrente de agua negra y cenagosa: una blanca cierva estaba echada junto á mí, y parecia que me habia elegido por dueño suyo: pero al tiempo que yo le ofrecia unas flores que habia cogido, se presenta un horrible monstruo, la arrebató y la precipita en el torrente. Despierto al punto bañado en frio sudor, y extendiendo los turbados ojos á quanto me rodeaba, oygo unos clamores penetrantes, y diviso dos jóvenes pastoras, pálidas, trémulas, desacordadas y dispuestas á precipitarse en el rio por huir de un irritado toro que las perseguia. Me levanto, y veo el furioso animal que corria á lo largo de la orilla, la cabeza baxa, los ojos encarnizados, esgrimiendo las amenazadoras astas, y arrojando léjos de sí espumosas ondas de sus humeantes narices.

Acostumbrado desde niño á nuestro modo de domeñar los toros, me presento á él, y le llamo; embísteme furioso; firme sobre mis plantas espero el momento en que baxa la frente para herirme; entónces me arrojó á sus astas, y cargando sobre una el peso, y levantando la otra, le postro fácilmente; cae el toro, y rueda precipitadamente hasta dentro del rio. Al estruendo de su caída vuelven la vista las pastoras, y aseguradas, viendo al toro salir nadando á la orilla opuesta, vienen á agradecerme el favor.

Ay, amigo mio; este solo instante decidió para siempre mi destino. Adelaida, que así se llamaba la mas jóven, tenia apénas diez y seis años: la dulzura y la gracia se pintaban en todas sus facciones: su hermosura, cuyo esplendor sorprehendia desde luego, bien mirada parecia que recibia prestado su atractivo de su bondad y candor: cau-

saba admiracion el mirarla, se hacia de amar, aun prescindiendo de su belleza.

Delfina, su mayor hermana, me dió las gracias, y me ofreció, segun creo, que fuese á descansar á su casa: apénas hice caso de su ofrecimiento, pues Adelaida me ocupaba enteramente: enmudecí al querer responderle; se apoderó de mí un temblor, y apénas pude articular algunas mal formadas palabras: advirtió Delfina mi turbacion, y habló en voz baxa á su hermana: encendiósele el rostro á Adelaida; yo sentí los mismos efectos, y mi turbacion fué mucho mayor.

Fuéronse las dos, y no me atreví á seguir las. Detuviéronse á poca distancia, y se pusiéron á coger flores: elegia Delfina las mas bellas, y Adelaida las cogia sin eleccion; y aun á veces, distraida, cortaba la yerba, y dexaba caer los narcisos que ántes habia cogido. Su hermana, mas atenta, la advirtió que

ya era hora de retirarse, pero fué preciso repetírselo. En fin, las dos tomaron el camino del castillo, cercado de almenas y construido en la cumbre de una montaña. Un cabrero, que por allí pasaba, me dixo que este castillo era el de Aguzan, perteneciente á un anciano caballero, el mas rico y poderoso de la comarca, viudo hacia largo tiempo, y padre de las dos jóvenes bellezas que acababa de encontrar.

Confundido con estas noticias, al instante ví el abismo de males en que iba á precipitarme un amor sin esperanza: presentóse al momento á mi imaginacion quanto me habiais dicho en sueños. Asustado de las desdichas que me esperaban, quise huir: volví á tomar el camino, y no pude pasar del árbol á cuya sombra me habia dormido: sentado en este mismo parage, fixos los ojos en el sitio donde la habia visto, esforzándome á pensar sobre mí, y no pensando sino en ella, esperé el siguiente dia.

Durante la noche me prometí partir apénas amaneciera; pero luego que salió la aurora resolví esperar hasta la tarde. Anduve toda la pradería, buscando las flores que habia dexado caer Adelaida: me palpitaba alegre el corazon quando las encontraba, y mas vano de este tesoro que de todos los bienes del universo, me senté al pie del sauce, y canté lo siguiente.

Narcisos que una pastora,  
Cuya blancura os iguala,  
Dexó en este verde prado,  
Sed mi flor privilegiada.

Al dulcísimo contacto  
De su hermosa mano blanca;  
El imperio de las flores  
Os reconoce monarcas.

Sois todo el bien que poseo,  
Y quiero vuestra fragancia  
Disfrutar y vuestra vista  
Mientras el ser no me falta.

Fuerais flores mas dichosas,  
Si vuestra pompa lozana  
El blanco, el nevado seno

De mi querida adornara;  
Pero si amante pecho  
Ha de ser vuestra morada,  
Quien sobre mi pecho os pone  
Muy poco de ella os separa.

Apénas habia acabado estas palabras, quando oyendo ruido, volví la cabeza, y vi á Adelaida y Delfina: levantéme para saludarlas, oculté las flores, y fingiendo querer alejarme, me detuvo Delfina diciéndome: Pastor, nosotras somos las que debemos alejarnos, si interrumpimos vuestro canto. Respondíle: Señora, mis canciones á nadie interesan; perdonad á un extranjero el haberse detenido en estos apacibles campos. Podeis, dixo entónces Adelaida, permanecer en ellos sin temor; estos prados son de mi padre, y nosotras os debemos mucho para miraros como extranjero. Encendiósele el color al decir esto, y miró tímidamente á Delfina, como pidiéndole la aprobacion de lo que habia dicho: quise responderle

responderle, y no pude hacerlo: compadecióse Delfina de mi turbacion, y me preguntó mi nombre, mi patria, y el motivo que me habia conducido á San Hipólito. Yo le referí la desgracia que habia tenido perdiendo al buen Casimiro, y sin decirle mi nacimiento, le dixé que no tenia asilo, amigo ni protector alguno, y que iba á alistarme en las tropas de Gaston de Foix. Delfina me disuadió del intento, y Adelaida añadió, que no era solo Casimiro el que pudiese amar la virtud desgraciada.

A este punto resonó por todo el campo un ruido de trompas y bocinas, y luego se descubrió un aparato de caza, conducido por varios sirvientes, en medio de los quales un anciano de grave y noble fisonomía, armado de un largo venablo, daba órdenes á todos los cazadores. Desde luego pareció admirarse de hallar sus hijas en el prado; pero

Delfina, abrazándole, le dixo que le deseaba una venturosa caza, y que ellas habian madrugado por cuidar de sus cosas; añadiendo: supuesto que hace algun tiempo que buscais un diestro mayoral, aquí teneis uno de Cevennes, donde son tan celebrados los pastores; yo respondo de él, y creo que le admitiréis quando sepais lo que ha hecho por nosotras.

Contó entónces Delfina á su padre el peligro de que yo las habia librado, y el viejo Aguzan, agradecido, dándome la mano en señal de amistad, me recibió á su servicio, y encargó á uno de sus monteros que me llevase á los rediles. Al separarme se encontraron mis ojos con los de Adelaida, y esta mirada acabó de hacerme perder el entendimiento. Tomé posesion de mi rebaño, y al dia siguiente le lleve á la hermosa pradería tan dulce para mi corazon: vino á ella Adelaida, y me atreví á

hablarle : ella me respondió con aquella dulzura , aquella gracia y aquella modestia , que purificando el amor al paso que le aumentan , hacen la mas amable de las virtudes de la mas ardiente de las pasiones.

Adelaida me habló de mi destino : el dependia enteramente de ella : formó mil votos respecto á mi felicidad , y me instruyó de los medios de agradar á su padre : supe muy bien ponerlos en práctica , y al cabo de algunas semanas era ya el favorito del anciano : labranza , ganados , casa todo estaba á mi cargo , y Adelaida me daba la enhorabuena de mi prosperidad y de mis aciertos : yo los debia á sus consejos , y no podia hablarle á mi satisfaccion de mi felicidad y de mi reconocimiento. Temiendo decir demasiado , no decia lo bastante ; el respeto que me inspiraba su presencia era mucho mas grande que mi amor.

Nuestras dulces conversaciones se hi

ciéron mas freqüentes. Las dos hermanas venian todas las mañanas á la pradería , y lo restante del dia estaba yo en el castillo. Jamas pronunciaba el nombre de amor , y con todo Adelaida estaba bien asegurada del que yo le tenia : ella nunca me dixo palabra que no hubiera podido oirla su padre , y sin embargo yo vivia cierto de que me amaba. En fin me atreví á declararle mi nacimiento , y esta confianza le sirvió de mucha satisfaccion. Un rayo de esperanza entró en nuestras almas. Insensatos ! la desdicha mas atroz nos aguardaba.

Un dia vino Adelaida á buscarme al prado mas tarde de lo acostumbrado ; estaba triste ; no tenia su rostro los bellísimos colores que solia ; sus ojos estaban amortiguados , y sus manos temblaban al apretar las mias. Mi amigo , me dixo con voz débil , ayer tarde mi padre nos anunció que para procurar á

mi hermana el partido mas brillante de la provincia, habia resuelto que yo entrase religiosa. Delfina horrorizada, ha prorumpido en un espantoso grito; se ha arrojado á los pies de mi padre, y lo ha suplicado se apartase de un enlace que á las dos nos haria desdichadas: mi padre ha sido inflexible, y enojado de sus ruegos y de mi silencio, ha declarado con terrible voz, que desde mañana me llevaria á un convento de Anduce, de donde jamas saldria. Las lágrimas y extremos de mi hermana no han hecho mas que aumentar su cólera. Su ambicion se ha lisonjeado de tener por yerno al jóven conde de Asier, y la ternura que me profesaba ha sido sacrificada á esta ambicion.

Pero yo no iré al convento. La turbacion y horror que me ha causado esta noticia, el furor de mi padre y el temor de no verte, me han causado una revolucion que tendrá funestas consecuen-

cias : una ardiente fiebre me ha devorado toda la noche ; mi cabeza y mis entrañas se abrasan ; á penas puedo sostenerme. La certidumbre que tengo de ceder á mis males ; me los ha hecho despreciar para venir á decir el último á Dios á esta hermosa pradería , asilo de nuestros amores : mi corazon se enternece al mirarla , y mis lágrimas se derraman : allí baxo el antiguo sauce , donde por la vez primera.... Sosténme , amigo ; llévame de aquí , pues el perder la vida en este sitio me sería mucho mas sensible. Al decir esto la veo desfallecer ; la sostengo , la llamo , pero *no me responde : la llevo desmayada hasta el castillo , donde sus criadas la pusieron en el lecho.*

En poco tiempo llegó el mal á su mayor altura : el viejo Aguzan quiso que yo aliviase á Delfina en cuidar á su hermana ; gracias á tan dulce precepto ; no me aparté un instante de Adelaida. Siempre ocupado en servirla , y siempre

de rodillas al pie del lecho, entanto que Delfina estaba á la cabecera, pasamos nueve dias con sus noches, llorando miéntras descansaba algun rato Adelaida, y disimulando el sentimiento quando nos miraba. Ay, amigo! quan dolorosos son estos fingimientos! ¡quanto habemos padecido Delfina y yo ocultando nuestras lágrimas baxo un aspecto risueño, y afectando una esperanza que estaba tan distante de nuestros corazones! la muerte, la muerte que tanto temíamos por Adelaida, nos hubiera sido ménos sensible que tan continuado tormento.

El anciano Aguzan, penetrado del peligro de su hija, habia enviado por auxilios á Montpellier. El médico esperaba el undécimo dia, ó para darnos alguna esperanza, ó para desengañarnos enteramente. Llegó este dia, duplicáronsele los accidentes; el médico nos abandonó, y yo caí desfallecido viéndole partir. Vuelto en mí, fuí á ocupar mi acostumbrado

sitio junto al lecho de Adelaida, la qual á nadie conocia, pues hacia quatro dias que estaba delirando : con todo me miró fixamente con aquel horrible sonreir que saca lágrimas hasta de la misma indiferencia.

Yo estoy buena, me dixo, y mañana me desposo con Isidoro; mañana seré muger del mas amable de los esposos : despues de esto yo moriré; lo he prometido; yo quiero que asistas á mis bodas, y que mueras conmigo. Diciendo estas desacordadas razones me alargó la mano; pero habiendo comparecido su padre, me alejó de sí, pronunció el nombre del convento, y su delirio fué desesperado.

Al caer el dia pareció que el mal se le aliviaba; era el duodécimo que Delfina y yo pasábamos sin haber cerrado los ojos. Delfina hizo retirar á su padre, y agoviada de la fatiga se echó sobre un canapé, donde á pesar de su dolor, un profundo sueño se apoderó de todos

sus sentidos. Todos los criados estaban tambien dormidos; yo solo velaba en la estancia: ella estaba sosegada, y agoviada á fuerza del mal, descansaba, ó parecia descansar. Estuve largo rato contemplando aquel rostro, poco ántes el mas hermoso de la naturaleza, ahora pálido, flaco y desfigurado: aquella boca, poco ántes asilo de los amores, de donde no salian jamas sino palabras de bondad y ternura, exhalando ahora un aliento de fuego y precipitado: quise respirar el mismo aliento con la esperanza de tomar su mal y morir con ella. Apliqué mi cabeza sobre la cabecera, y recogí con un horrible placer el encendido ayre que salia de sus entrañas.

La especie de felicidad que yo disfrutaba, hallándome reclinado sobre la cabecera de Adelaida, la extrema fatiga y las vigiliass de los precedentes dias, me hicieron, á pesar mio, rendirme, no al sueño, sino á un profundo

enagenamiento que me privó del uso de mis facultades. Todas mis fuerzas estaban agotadas, y mis sentidos embotados: á fuerza de haber padecido tanto ya no sentia mis males, y experimentaba aquel horroroso sosiego que produce el anadamiento. Sin embargo no se cerraron mis ojos ni se separaron de ella, pues creí verla, y en efecto la ví volver la cabeza, mirar, incorporarse blandamente, apoyarse sobre el codo, y fixando en mí sus ojos, me dixo estas palabras, que me parece que ahora las oygo.

Mi bien amado, yo voy á dexarte para siempre: te doy mil gracias de haberme amado: tú has hecho feliz todo el tiempo de mi vida que te he conocido; muero, querido, pero bien asegurada de que no moriré en tu corazon, y que no ocupará otra mi lugar. En quanto á mí, si, como espero, se puede amar despues de la muerte, mi alma, esperando la tuya, siempre se ocupará

en tí, seguirá tus pasos, te rodeará sin cesar, y será continuo testigo de tus acciones y sentimientos : piensa en esto quantas veces llores á tu amiga, y tus lágrimas serán ménos amargas : á Dios, á Dios, querido ; mi muerte no me es dolorosa, pues casi espiro entre tus brazos : á Dios, á Dios, esposo mio : recibe este título, mi bien amado ; yo te le doy desde ahora, tomando por testigo á Dios que lo ve todo, y á la muerte que está ya sobre mi cabeza : mírala, vela aquí, ya la siento : recibe prontamente, esposo mio, este anillo que traygo conmigo desde mi infancia, y que te doy en prendas de mi fe : recibe tambien este abrazo de tu esposa, que es el primero y el último que ella ha dado.

Dicho esto, me abrazó, y una abrasante lágrima, se desprendió de sus ojos sobre mi rostro. Al instante vuelvo en mí; la miro.... ya no existia : ya no exis-

tia, Nemoroso amigo. Me levanto , grito , la llamo esposa mia , y la estrecho contra mi corazon. Delfina , despertando , quiere en vano tranquilizarme ; yo la rechazo ; ella duplica sus esfuerzos , teme la llegada de su padre , y manda á los criados , que habian llegado á mis voces , que me separen del cuerpo de su hermana : se apoderan de mí , y quieren llevarme ; yo me arrojé al suelo , y voy arrastrando hasta el lecho , contra el qual me hiezo la cabeza , y mis lágrimas mezcladas con mi sangre me inundan el rostro : Delfina , de rodillas , me pide que salga de la estancia : hácese salir del castillo , y temiendo por mí el furor de su padre , á quien tantos testigos habian instruido de mi amor , exige de mí el juramento de ausentarme de este lugar de dolor : le complací , y fui á ocultarme en los cercanos bosques , agoviado de un estúpido dolor , incapaz de formar ideas , vagando por

la noche en las cavernas, prorumpiendo en espantosos gritos, llamando á Adelaida, y estando, durante el dia, pegado el rostro con el suelo para no ver el sol.

En fin salí de estos bosques: fuí de lugar en lugar, quejándome de mis males, y pidiendo el sustento que me daban como á loco. Ayer supe que los Españoles nos habian declarado la guerra, y que corrian por nuestra patria á sangre y fuego: yo los busco para que me maten: por todas partes pregunto donde están los enemigos para ir á arrojarme entre sus lanzas.

Esta es la historia de mis desgracias; tal es mi destino: amigo mio, créeme, llora, y no procures consolarme.

Tal fué la narracion de Isidoro. Nemoroso, sin responderle, le tuvo largo tiempo abrazado. Resueltos pues á no separarse nunca, los dos desdichados se levantan, y ya iban á ponerse en ca-

mino, quando un ruido que oyéron de-  
tras del árbol, junto al qual estaban  
recostados, les hizo dirigir la vista  
acia aquella parte, y ven un guerrero  
que los miraba con enternecidos ojos.

Este guerrero, que representaba la  
edad de diez y ocho años, era de una  
estatura alta y ágil: su rostro hermoso  
y dulce tenia todas las gracias de la  
juventud: sus largos y negros cabellos  
caian en trenzas sobre su armadura: su  
yelmo, adornado de plumas, estaba á  
sus pies, y una banda blanca sembrada  
de lises de oro, sostenia su espada es-  
maltada de preciosas piedras: todo anun-  
ciaba que era un príncipe, y sus fac-  
ciones, su ayre de grandeza, de valor  
y bondad, daban á entender que era un  
héroe: los dos pastores, penetrados de  
respeto, se retiraban silenciosos, quan-  
do el príncipe adelantándose acia ellos,  
les dixo: Esperad, pastores, deteneos; yo  
no quiero ver retirarse delante de mí

sino á los enemigos de la Francia. Oculto entre estos arbustos acabo de oir vuestras razones, y he ofrecido mis lágrimas á vuestras desdichas. Yo os pido que acepteis los consuelos que mi clase y mi amistad pueden ofrecer: he nacido príncipe, pero soy hombre, y mi corazon acerca á mí, quanto de mí separa mi fortuna. Sosegaos pues, pastores; tranquilizaos, y tened confianza en Gaston de Foix.

A este ilustre nombre, los dos pastores doblaron la rodilla. Gaston, sobrino de Luis XII, era gobernador de la Occitania: su bondad, su justicia y su compasion con los desdichados, le habian ya hecho amado de todos los habitantes de la provincia. No habia pastor alguno que no hubiera oido hablar de Gaston: todos sabian que él era á quien debian la felicidad que disfrutaban. Las madres que cada dia enseñaban á sus hijuelos á bendecir al Ser supremo,

les enseñaban al mismo tiempo á bendecir el nombre de Gaston. El príncipe levantó á los pastores, y les dixo: ¡ Quanto me alegro de haberme alejado de mi campo, para venir á disfrutar aquí de la frescura de la mañana! Ayer socorridos desdichados, y Dios me da hoy la recompensa ofreciéndome otros dos.

Diciendo esto, alargó la mano á los pastores, que se la besaron llorando de admiracion. No os separeis ya de mí, añadió Gaston, venid conmigo á defender vuestros hermanos. El virtuoso Luis, juzgando del corazon de los reyes por el suyo, ha pensado que los tratados eran mas útiles que las conquistas, pero ha recibido el castigo de su confianza. El rey de Aragon acaba de enviar un ejército baxo las órdenes del valiente Mendoza: la mitad del Languedoc ha sido destruida, y Mendoza está ya sobre los muros de Nimes: yo voy á morir, ó á defenderlos: seguidme, valientes pas-

tores, cambiad en lanzas los cayados,  
y la gloria de haber servido útilmente á  
la patria os consuele de haber servido  
vanamente al amor.

Dixo, y los dos pastores, resueltos  
á no dexar al héroe, se dirigen con él  
acia su campo.

---



# ESTELA.

## LIBRO SEXTO.

---

O grandeza ! quan agradable eres quando la virtud te hace útil ! Que dulce es el espectáculo del hombre poderoso ocupado en socorrer á sus hermanos ! Quantas veces he gozado de él ! Quantas veces he visto á los infelices rodear llorando al que aliviaba sus penas ! ; Quantas veces he visto al que nacido entre las púrpuras reales abandona su palacio para volar á las cabañas de los desdichados , restablecerlas si están destruidas , y derramar en ellas la paz y la abundancia ! Todos los dias veo á este benéfico mortal recorrer sus inmensos dominios , eligiendo para este efecto el tiempo en que el pobre mas lo

necesita. Allí donde el invierno es mas riguroso , donde el fuego acaba de executar sus iras, donde las inundaciones han destruido la esperanza del agricultor , y donde los hambrientos lobos han difundido el terror, allí seguramente es menester esperarle. Ocupado en seguir la desgracia , adonde quiera llega tan pronto como *ella para borrar* hasta sus señales : apénas se presenta , el pobre se hace rico , el desdichado enxuga sus lágrimas, y el oprinido recobra sus derechos : su recompensa es el mismo bien que hace , y mucho mas quando es ignorado. Ah! viva segura su modestia , pues mi respeto y mi amor me impedirán el descubrirle.

Isidoro y Nemoroso , guiados por el amable príncipe , caminaban silenciosos á su campo : contemplaban al sobrino de su rey , y admiraban la preciosa reunion de su grandeza y bondad , quando el jóven Gaston , por distraerlos de sus

males, les habla de su patria, de las ventajas que la distinguen de los demás estados de Luis, y de la famosa ciudad adonde los *trovadores* iban todos los años á disputar las tres flores de oro, que eran el premio del ingenio. Ignoraba el príncipe el origen de esta antigua y célebre costumbre, y Nemoroso empeñado en referírsela le cantó el siguiente romance de Clemencia Isaura, que un pastor de las riberas de Ariege se le habia enseñado.

CLEMENCIA ISAURA.

Hubo una dama en Tolosa  
 Llamada Clemencia Isaura,  
 De Lautrec, jóven bizarra,  
 Tan amante como amada:  
 Mas sus padres inflexibles  
 Sus amores repugnaban,  
 Que á los tiernos corazones  
 Siempre siguen las desgracias.  
 Darle otro esposo queria  
 Alfonso, padre de Isaura;  
 Pero ella, fiel á su amante,  
 Se precipita á sus plantas,

Y le dice, ántes que en eso,  
Padre mio, os satisfaga,  
Mis tristes cansados dias  
Acaben á vuestra saña.

El dueño sois de mi vida,  
¿Mas que sirve que forzada  
Hagais que á otro dé la mano,  
Si le dí á Lautrec el alma?

Pero el anciano en quien puede  
Mas que el amor la venganza,  
Cierra á la firme Clemencia  
En una torre elevada.

Sabe el jóven el suceso,  
Y qual avecilla incauta,  
Que mirando su consorte  
Entre prisiones doradas,  
Con dolorosos gemidos,  
Volando en torno á la jaula,  
Manifiesta enternecida

La pena que la maltrata:

Así, al pie de la alta torre  
Lautrec sus males lloraba,  
Quando una noche Clemencia  
Oye sus quejas amargas,  
Reconoce sus acentos,  
A las rejas se adelanta,

Y sollozando le dice  
Estas dolientes palabras :  
Mi dulce amigo, mi dueño,  
No me penetres el alma,  
Modera tus sentimientos,  
Y sobre mi fe descansa.

Las durísimas cadenas  
Que mi triste cuerpo arrastra,  
Puesto que por tí las llevo,  
No pueden serme pesadas :  
Cedamos á la violencia  
De tempestad tan tirana,  
Y entanto parte á la corte  
De nuestro augusto monarca.

Haz á su presencia alarde  
Del valor que te acompaña,  
Y á nuestro afecto su amparo  
Le sirva de salvaguarda.

Este hermoso ramillete  
Recibe ántes que te partas,  
En señal de mi memoria,  
Y en prenda de mi constancia.

Rústicas silvestres rosas  
Entre violetas moradas,  
Y pensiles ó cuidados  
Su fragante pompa enlazan

La rosa es mi flor querida,  
Mi color es la violada,  
Los cuidados, de los nuestros  
Significacion bien clara.

Estas tres flores que beso,  
Y mi amargo llanto baña,  
A cada instante te acuerden  
Nuestro amor y nuestras ansias.

Dixo, y arroja á su amante  
Las flores por la ventana,  
Mas viendo llegar su padre  
Se retira *amedrentada*.

El enamorado jóven  
Al punto se pone en marcha,  
Pensando volver muy presto  
A la vista de su patria.

Veloz el campo atraviesa;  
Haciendo que resonara  
En los ecos de los montes  
El dulce nombre de Isaura

Mas sabiendo que la guerra  
Se renueva con mas saña,  
Y que el héroe anglicano  
Tiene á Tolosa cercada.

Vuelve el jóven, pero apenas  
Se presenta á las murallas,

Quando ve á los Tolosanos  
En fuga precipitada.

Solo un guerrero resiste,  
Fatal muerte le amenaza,  
Pero Lautrec le socorre,  
Que era el padre de su dama.

En defensa del anciano  
Grita, asusta, hiere, mata,  
Hasta que huyen los Ingleses  
De su vencedora espada:

Pero mortalmente herido  
Antes que el alma exhalara  
En el lecho de la gloria,  
De esta suerte á Alfonso habla:

Cruel padre de mi amiga,  
Mi brazo tu vida salva,  
No me quisiste por hijo,  
Ya he tomado la venganza.

Contento muero á este precio,  
Solo te ruegan mis ansias,  
Que hagas en quanto pudieres  
Feliz la vida de Isaura;

Despidete por mí de ella;  
Dale estas flores bañadas  
En mi sangre: ay! ellas eran  
Lo que yo mas apreciaba:

Estos

Estos moribundos labios  
Dexa que llegue á aplicarles  
Por última vez... La muerte  
Cortó su aliento y palabras.

El anciano traspasado  
De pena tan inhumana  
Lleva á su hija las flores,  
Y le cuenta su desgracia.

En breve murió la triste,  
Mas primero que espirara,  
Ordenó su testamento  
Con cláusulas bien estrañas:

Mandó pues que eternizando  
De sus amores la fama,  
Cada un año, las tres flores  
Los poetas disputaran;

Y para que fuesen de oro  
Su hacienda dexó obligada;  
Y fiel á su voluntad  
Así lo cumple su patria.

Finalizaba Nemoroso su romance,  
quando llegaron á la fuente de Borbon,  
donde estaba el campo del jóven héroe.  
A su aspecto se detuviéron los pastores:  
aquellos haces de lanzas resplandecien-

tes, aquellas tiendas, cuyas banderolas ondeaban en las ayres; aquellos estandartes y banderas, todo aquel bélico aparato, tan nuevo para ellos, los llenaba de admiracion: advirtiolo el príncipe, y sonriyéndose de su sorpresa, les dixo: Pastores, ved aquí nuestras cabañas, ellas son ménos pacíficas que las vuestras, pero tambien las habita el amor. En medio del tumulto de las armas suspiramos y somos constantes como vosotros.

Asi hablaba, quando vió llegar á su presencia los principales xefes del ejército, el valiente Narbona, el sabio Mirepoix, el prudente Crusol, el jóven Bernis, y el amable Duroure. Estos valerosos guerreros, cuyos nobles abuelos fuéron el honor de la Occitania, presentan á su general un soldado de la guarnicion de Nimes herido y anhelante de cansancio. Este jóven soldado entrega á Gaston una carta de Taylerand, gober-

nador de la ciudad, y refiere que, perseguido por los Españoles, cuyo campo ha atravesado, ha recibido dos balles-tazos, que no han bastado á detenerle en su camino. El príncipe regala magníficamente al soldado, y encarga á Nemoroso el cuidado de sus heridas. No necesitaba de tal orden el pastor, porque en el jóven enviado habia reconocido á Hilárico, aquel amable muchacho que conduxo á Estela al hermoso valle de Remistan. Abrazóle mil veces Nemoroso, y quando sus heridas fuéron curadas, le preguntó que accidentes le habian obligado á salir de su patria, quanto tiempo hacia que habia dexado á Masana: no se atrevió á pronunciar el nombre de Estela; pero multiplicó sus preguntas sobre todo quanto decia relacion á esta pastora.

Segun lo que te oygo, le respondió Hilárico, tu ignoras nuestras desgracias: un destacamento del ejército español ha

penetrado hasta nuestras cabañas, ha asolado nuestros bienes y ganados, y quemado nuestras casas : jamas.... ¿ Que es lo que dices ? exclama Nemoroso ; ¿ que se ha hecho Estela ? Ha huído , respondió Hilárico , con la mayor parte de los habitantes. Estela, Merilo, Raymundo , Margarita , Rosa y yo hemos venido á buscar un asilo en los muros de Nimes , donde no creíamos ser sitiados. Pero el terrible Mendoza se presentó al día siguiente , y bloqueó la ciudad. Nuestro gobernador está casi sin víveres , y preguntando si habria alguno que se atreviese á atravesar el campo español para traer una carta á Gaston , yo me he ofrecido ; he tenido acierto , y ya sabe el principe que si tarda dos dias en socorrer á Nimes será precisa su rendicion.

Así habló el jóven Hilárico , y Nemoroso le hizo repetir que Estela se habia librado de todos los peligros : supo con

en género de plaçer desagradable que Merilo no habia atendido sino á la felicidad de su esposa , por quien habia expuesto muchas veces su vida durante su fuga , que desde su llegada á Nimes ninguno habia mostrado mas zelo ni mas valor que Merilo.

Miéntas que Nemoroso en sí mismo aplaudia las qualidades de su rival , Gaston celebraba su consejo de guerra , y determinaba la batalla contra Mendoza. Se habian previsto todos los inconvenientes , pero era necesario avisar aquella misma noche al gobernador de la ciudad , á fin de que preparase una salida que asegurase la victoria. Hilárico , herido , no podia volver á Nimes : era preciso que otro enviado caminase ántes que amaneciera doce leguas , y pudiese burlar la vigilancia enemiga. El empeño era peligroso , y Nemoroso se ofreció á intentarlo. Abrázale Gaston , y le da una carta para el valiente Taylerand.

Isidoro no quiere dexar á su amigo, y ámbos se arman de lanzas y parten al momento.

Animados por quantos motivos estimulan las almas activas, los dos amigos atraviesan tan larga distancia en seis horas. Aun no empezaba á amanecer, y ya estaban cerca del campo enemigo. Entónces se desvian del camino, y rodeando por unas viñas, se acercan acia la parte de la ciudad que creian mas accesible. Pero el prudente Mendoza, que temia ser sorprendido por Gaston, habia cubierto de guardias todo el pais. Los desgraciados pastores se adelantaban con silencio á favor de una espesura que los precavia de ser observados de una guardia avanzada, quando al fin de aquella espesura se hallaron rodeados de ocho soldados que les intiman su rendicion. Isidoro atraviesa con su lanza al primero que se le presenta, pero al instante cae anegado en su sangre,

y queriendo Nemoroso defenderle, recibe una grande herida, y es desarmado y hecho prisionero. Amigo, le dixo Isidoro con moribunda voz, dame el parabien, pues voy á unirme con Adelaida: mi único sentimiento es dexarte en el horroroso peligro que te amenaza; mi sola pena.... No pudo decir mas, y espiró. Los Españoles lleváron á Nemoroso, que pidió ser presentado al general: puesto en su presencia, rodeado por todas partes, saca la carta que Gaston le habia confiado, y mirando al español con respeto y entereza, le dixo: Señor, yo he jurado sufrir la muerte ántes que entregaros esta carta: abrid pues mi pecho para leerla. Diciendo así, hace la carta pedazos, y se los traga. Al instante se eleva un clamor general, y mil espadas se desnudan contra Nemoroso, pero Mendoza contiene á todos.

Deteneos, les dixo, valientes Castellanos, respetad una bella accion que

vosotros sin duda hubiérais executado : el valor sin defensa siempre fué sagrado para los Españoles : y tú , jóven y valiente soldado , vuelve al que te envia , y dile en mi nombre que mi vigilancia ha debido cerrarte la entrada de Nimes ; pero que , sin que deban inquietarme sus recatados designios , le propongo un medio de librar la ciudad sitiada , y es el que á vista de ámbos exércitos entre connigo solo en batalla ; si vence , yo le empeño mi palabra de honor de que será levantado el sitio ; y si fuere vencido , exijõ de él la misma palabra para que se me entregue la ciudad. Dicho esto , hizo curar á Nemoroso , y dispuso una escolta para conducirle á su campo , y le dixo : de este modo tratan los Españoles la virtud , aun en sus enemigos . ¡ Puedan los Franceses hallar siempre la misma generosidad en otras naciones , quando sus guerreros renueven el glorioso exemplo que acabas de darnos !

Nemoroso, admirado de Mendoza, triste por no haber completado su comision, y mucho mas por la pérdida de su amigo, pidió al general español que se le tributasen al desgraciado Isidoro los honores del sepulcro, y despues de haberlo conseguido, salió para su campo, y encontró á Gaston que se adelantaba á doble marcha.

Dió cuenta el pastor á este príncipe de la inutilidad de su viage; lloró nuevamente sobre el desdichado Isidoro, exáltando su virtud y valor, y apénas habló de lo que él habia hecho: acompañóle Gaston en sus sentimientos, pero luego que se instruyó del desafio de Mendoza, se dió á si mismo el parabien de exponer su vida por la patria, y deseando de verificarlo apresuró la marcha. Entretanto el gobernador de Nimes, ignorante de todo lo acaecido, y sin esperanza de que Gaston llegase, hace una terrible salida igualmente san-

griente para los dos partidos. Rechazado dentro de las murallas, y reducido al último extremo á pesar de su valor, iba á arbolar la bandera blanca, quando de repente las centinelas puestas en las almenas mas altas anuncian la llegada *del campo frances.*

En el instante mismo llega á las puertas un trompeta con una carta para Taylerand, y vendándole los ojos, fué conducido á la presencia del gobernador. El español, en la carta, hace presente su combate con Gaston, y pide que la suerte de la ciudad dependa de la resolución de este príncipe. Acepta Taylerand, jura rendirse si queda vencido el conde de Foix, y los ciudadanos, instruidos de todo, se miran ya como libertados. El jóven Gaston, despues de haber acampado su ejército, envia á pedir á Mendoza que señale el dia, lugar, hora y armas para el desafío, y el español señala el amanecer del siguiente dia para

combatir á pie, con espada y puñal, á vista de los dos campos. Gaston da su gage, y recibe el de Mendoza: al momento se dispone la valla, se preparan los dos guerreros, y ámbos partidos dirigen mil súplicas al cielo.

A la hora indicada del siguiente dia, los Españoles salen de su campo, cubiertos de brillantes cotas que reflexan los rayos del sol, marchan en órden por la llanura, desplegando lentamente sus batallones herizados de lanzas: un profundo silencio reyna entre ellos: inmóviles en su sitio, solamente ocupados en obedecer, no miran sino á sus xefes: el valor y el orgullo se pinta en sus adustos semblantes, y una gravedad noble y feroz templa su ardor guerrero.

Los Franceses salen atropelladamente de sus tiendas: sus ligeros batallones se forman por si mismos frente á sus enemigos; xefes y soldados se confunden; la igualdad del valor, la fran-

queza y la alegría nacional, hacen á todos compañeros; descansando, como con descuido, sobre sus lanzas, parece que asisten á algunos alegres juegos; sin odio y sin temor sonrien á sus enemigos, y les advierten que Gaston es temible, y muestran como que se compadecen de Mendoza por haber provocado á este jóven héroe.

Bien presto se presenta Mendoza sobre un soberbio caballo andaluz, que retenido por la mano de su dueño, se agita, se atormenta á sí mismo, y despide olas de espuma, blanqueando con ellas su dorado freno: las piedras preciosas brillan sobre sus armas; un penacho encarnado sombrea su yelmo, y una banda del mismo color sostiene su centelleante espada. Adelántase con ayre fiero y tranquilo, se hace abrir la valla, dexa su caballo á la entrada, y se pasea esperando á Gaston. Ya venia este príncipe galopando: ondeaban sobre su

cabeza blancas plumas ; y su armadura de labrado acero resplandecia mas que los diamantes ; sobre su broquel se veia una cifra amorosa , repetida en la banda sembrada de lises de oro. Pronto como un relámpago , vuela , llega , desmonta , franquea la valla ántes de abrirsela , saluda á Mendoza y pide la señal del combate. Suenan los clarines , y los dos enemigos con iguales armas se acometen enfarecidos.

Gaston mas impetuoso que su valiente contrario , le tira en un punto quatro estocadas , que todas son reparadas : Mendoza adelanta un paso acia Gaston , le presenta al rostro la espada , y desviándola veloz por baxo de la de su enemigo , le hiere el costado , de donde luego empezó á correr la sangre.

Al ver esto , pierden los Franceses el color , y los Españoles exclaman alegres. Pero el diestro Gaston , en el tiempo mismo de ser herido , desvia su cuerpo

acia la derecha, hace con este movimiento poco profunda su herida, y alargando el brazo izquierdo, tira una puñalada á la garganta de su contrario; el puñal se rompe en la cota de malla, mas no por eso dexó de bañar Mendoza sus armas con su sangre, y los Franceses responden á las alegres exclamaciones de los Españoles.

Gaston no tiene mas que su espada, y advirtiéndolo Mendoza, arroja su puñal, diciendo: *Príncipe*, fuera ventajas; sean iguales nuestras armas como nuestro valor. Diciendo esto, revuelve sobre Gaston, y le da un golpe sobre la cabeza, que le hace vacilar: retírase un poco, y reuniendo todas sus fuerzas dexa caer su espada sobre el yelmo del Español: el golpe fué terrible; el morrion partido en dos pedazos cae en el suelo; Mendoza toca con la mano izquierda la tierra, pero se levanta mas terrible. Deteneos, le dice Gaston; el peligro no seria ya igual.

Dice; desenlaza su yelmo, le arroja, y continua el combate.

Los dos exércitos, penetrados de admiracion, temblaban por sus valerosos xefes. Ya no cubrian sus cabezas sino sus espadas, y sus golpes multiplicados llenaban de un frio terror á los soldados mas valientes, quando de repente se ve llegar un correo cubierto de polvo, que se adelanta á la valla á toda brida, y grita á los dos héroes que se detengan. A sus repetidos gritos, y á los de ámbos exércitos, se suspenden los combatientes. El correo, en nombre del rey de Francia, se hace abrir la valla, y entrega á Gaston una carta de su soberano; léela el príncipe, y arroja su espada diciendo: Ya no hay mas guerra, nuestros dos monarcas cesan de ser enemigos: Hermana, mi hermana, casa con Fernando, y sale garante de una inalterable paz entre este y Luis, siendo yo quien mas se interesa en tan

dulce paz, pues prefiero la amistad de Mendoza aun á la gloria de haberle resistido.

Dixo, y el héroe español, penetrado de tanta cortesía, se humilla á querer besar respetuosamente la mano del hermano de su reyna : Gaston le abraza y ámbos guerreros salen de la valla para anunciar la paz. Al momento se difunde tan feliz noticia, resuenan en los ayres mil gritos de alegría; se abren las puertas de la ciudad, y los habitantes ofrecen sus casas á Franceses y Españoles : sus generales, enlazadas sus manos, á la cabeza de los dos exércitos confundidos, entran juntos en Nimes llenos de aclamaciones, son conducidos á casa de Taylerand, en donde se curan sus poco peligrosas heridas : los soldados se reparten entre los ciudadanos, y la mas severa disciplina precave que la alegría pública no se interrumpa con el mas leve desorden.

Nemoroso , solamente desdichado entre tantos venturosos, no se habia separado de Gaston, y luego que este principe se retiró á su palacio, recorrió toda la ciudad, temiendo y deseando hallar á Estela : no se atreve á preguntar por ella, tiembla de pronunciar su nombre; pero á quantos encuentra pregunta por Rosa y por Margarita, pero nadie le responde, por estar todos enagenados con la pública alegría.

Empleó el pastor inútilmente todo el dia en estas diligencias, y por la noche, vagando sin destino por la ciudad, al pasar cerca de un antiguo templo, se encuentra repentinamente en medio de un cementerio, en que muchas huesas recientes recordaban los horrores del cerco. Detiènesé Nemoroso en tan espantoso sitio, se asienta sobre un antiguo sepulcro, y fixos los ojos en aquella tierra, único asilo de la paz de los infelices, rodeado de las som-

bras de la noche y de funestas imágenes, escucha en medio del silencio los lamentables ecos de un solitario buho, que estaba cerca de él sobre una cruz de lierros: experimenta un cierto embeleso en entregarse enteramente á su profunda melancolía; pero á breve rato oye no léjos de sí suspiros y gemidos: el pastor atiende, alza los ojos, y distingue á traves de las sombras una muger enlutada, arrodillada sobre una sepultura, adelantase acia ella y le oye pronunciar estas palabras:

O tú, que poseiste de mi corazon quanto él podia conceder á la estimacion; tú que quisiste hacerme feliz, y á quien yo no hice dichoso, perdona, digno esposo mio, perdóname el haberme siempre negado á tu casto amor y á tus honestos deseos: yo no debia hacerlo, pero no era digna de tí: tú merecias una esposa, cuyo corazon fuese tuyo enteramente, y el mio jamas pudo apagar el primer amor que le abrasó. Ah! á

lo ménos, si desde las mansiones celestiales penetras el fondo de mi alma, no puedes dudar, esposo mio, de la sinceridad de mis sentimientos. Las lágrimas amargas que bañan tu sepulcro deben manifestar que mi respeto y estimacion acia tí, me eran tan dulces como mi amor primero.

A estas palabras, á este tono de voz creyó Nemoroso que soñaba; inmóvil y fuera de sí escucha largo rato ántes de certificarse de que era Estela, y quando ya no pudo dudar, se arroja acia ella, cae á sus pies, y exclama sollozando: ¿Eres tú la que la suerte me restituye? ¿eres tú la tanto descada de los ojos del triste Nemoroso?

Estela, desde luego asustada, reconoció prontamente al pastor, pero sin dexarle tiempo para proseguir, le dixo con voz severa: ¿Estais sobre el sepulcro de Merilo, y hablais á su viuda? ella no debe ni quiere escucharos. Dicho

esto , huye : Nemoroso penetrado de temor permaneció arrodillado sobre el sepulcro , abierta la boca , y los brazos extendidos Sin embargo , el deseo de saber la habitación de Estela le hizo volver sobre sí ; levántase , sigue velozmente sus pasos , y la ve entrar en una casa poco considerable , y que el pastor examinó largo tiempo. En fin , lleno de sobresalto , y sin atreverse á entregarse á la esperanza , vuelve á palacio , y refiere todo á su augusto protector , el qual no solo consoló al pastor , sino que tomó sus medidas para asegurar su felicidad y la de Estela : para cuyo efecto ordenó que los habitantes de Nimes se reuniesen al dia siguiente en la plaza , cuidando secretamente de que no faltara el anciano Raymundo. El príncipe , acompañado de sus oficiales y de Nemoroso , se presentó en medio de este pueblo sensible , que manifestó en extremas demostraciones su reconoci-

niento al ver su libertador, quien les habló de este modo.

Amigos, yo he combatido por vosotros; pero el mejor de los reyes es quien os liberta y os da la paz; todo lo debeis á Luis, nada á Gaston: supliquemos juntos al cielo que nos conserve largos dias al padre del pueblo.

Sin embargo, imploro vuestro reconocimiento en favor de un compatriota vuestro, el qual comisionado por mí para instruiros de mi llegada fué preso por los Españoles, y quiso sufrir la muerte ántes que entregar la carta que yo os dirigia. Ved aquí á este virtuoso soldado (señaló á Nemoroso): solo hay un premio digno de su corazon: á tí, Raymundo, es á quien le pido: Nemoroso ama á tu hija; la gloriosa muerte de Merilo la dexa árbitra de sí misma; cumple con lo que á tí te toca, concediéndosela á su amante: Gaston de Foix te lo suplica; él está muy distante de

violentar á nadie, pero ruega, y ruega tambien á todos los ciudadanos, que se unan con él para reducir á Raymundo. Dixo, y clamó todo el pueblo por lo mismo. Raymundo se postró á los pies del príncipe; Nemoroso ya lo estaba, y el héroe les hizo levantar y abrazarse.

El pastor con trémula voz dixo al anciano: ¿Me perdonais mi felicidad? y este le respondió: mi hija es tuya, pero este enlace, asegurado desde ahora, no puede concluirse hasta que acabe el luto de Merilo; ya conoces la virtud de Estela, y nunca querrás... tener sentimiento alguno, interrumpió el pastor, que mi padre no lo apruebe, á quien pido su bendicion. Dióselo Raymundo; lo aplaudió el concurso, al que despidió Gaston en esta forma.

Yo os dexo, amigos, para ir á reparar los males de la guerra, socorriendo los pueblos destruidos. Taylerand, Crusol,

vosotros me ayudaréis : á tí, Nemoroso, te encargo la distribución de mis tesoros entre los habitantes de Masana. Reedifica sus casas, replanta sus huertas; dales nuevos ganados, consuela y socorre á todos los infelices; no temas agotar mis bienes; Gaston nunca es rico sino quando da.

A estas palabras el héroe se retira huyendo los extremos del pueblo agradecido; júntase con Medoza para ir á recibir de él las plazas conquistadas durante la guerra. Antes de partir el príncipe, dexó á Nemoroso una gran cantidad de oro, para que dispusiese de ella á su arbitrio, y obligó á Raymundo á que ratificase con juramento su promesa.

¡ Qual fué la alegría de Rosa y Margarita, quando viéron á Nemoroso conducido por Raymundo ! Estela estuvo á riesgo de desmayarse quando le contáron lo sucedido : sus colores encendi-

dos y su silencio fuéron su única respuesta. Nemoroso, respetando su luctuoso traje, no pronunció palabra, ni exhaló el mas leve suspiro que pudiese desagradar á su pastora: intimidado por su misma felicidad, apénas se atrevia á mirar á Estela, y apénas parecia acordarse de haber sido amado de ella: á Rosa solo hablaba, y con ella solo se explayaba, de suerte que parecia mas amante suyo que de otra.

Al dia siguiente se ausentáron de Nimes, llevando en su compañía á Hilárico, y con brevedad llegaron á Masana. Desde este momento, Nemoroso solo se ocupó en distribuir los beneficios de Gaston, y cumplir con su voluntad.

Por fin espiró el largo año del luto, y Nemoroso fué esposo de Estela. Rosa los llevó á los altares, y apénas podia *contener los impulsos de su placer*: á todos detenia, á todos llamaba para hacerles

cerles admirar las virtudes de Estela, sus pasados trabajos, y su presente felicidad. En fin Estela pronunció ante las aras del Señor el apacible juramento de amar siempre á Nemoroso: desde este dia Rosa se estableció en casa de Estela. Margarita y Raymundo, siempre queridos y respetados de tan amable familia, gozaron de una senectud larga y venturosa. La paz, la amistad y el amor fuéron la herencia que dexaron á sus hijos, cuya posteridad subsiste todavía en el hermoso pais en que he nacido.

FIN.



## NOTAS.

1.

*Y*o te saludo , ó hermosa Occitania , &c. El Languedoc , ó la Occitania , una de las mas bellas y vastas provincias de la Francia , fué antiguamente *habitada por los Voicos ó Voicios*. Entró en la dominacion romana en el consulado de Quinto Fabio Máximo , el año de Roma 634. Entónces se llamó este pais la Provincia Romana , y quando los Gaulas fuéron sujetados por César , el Languedoc tomó el nombre de Gaula Narbonesa ó Transalpina : recibió el christianismo baxo el imperio de Cómodo , acia el año 180 de nuestra era. Quando los sucesores de Teodosio dexáron desmembrar el imperio , fué esta parte talada por los Vandalos , Alanos , Suizos y Alemanes , y quedó en poder de los Visogodos , que eligieron á Tolosa por

su capital acia el año de 418: floreció mas baxo este gobierno, y tomó el nombre de Septimania ó España citerior; y sin embargo de las victorias de Clodoveo y las guerras continuas con los Franceses, obedeció casi 300 años á los reyes Visogodos, establecidos en la España ulterior. Los Moros, conquistadores de esta, se apoderaron de la Septimania, acia el año de 720: la conserváron poco, pues vencidos en la famosa batalla de Poitiers repasáron los Pireneos, y el hijo de Carlos Martel, Pipino el Breve, se hizo dueño de la Septimania por tratados, el año de 759. Baxo los débiles sucesores de Carlo Magno, destruida ya por los Sarracenos, y ya por los Normandos y Húngaros, tuvo duques y marqueses que se ocupáron, mas que en el alivio de sus males, en hacerse independientes de los reyes de Francia. Entónces, acia el año de 850, empezáron los Raymundos, condes

de Tolosa, que llegaron á hacerse soberanos de la provincia.

(2) *Prodiga para ti naturaleza &c.* El alto Languedoc, cuyo clima es benigno y templado, abunda en granos y frutos. El baxo, ménos fértil en trigo, produce los excelentes vinos de Frontignan, Lunel, Saint-Perni, Saint-Gilles, Cornas, &c. Los olivos son tan buenos como los de Provenza. Los rebaños que cubren los montes llamados Cevennes, y la prodigiosa multitud de moreras, son las principales riquezas del pais: en fin nada se dice de sus producciones que no sea una verdad muy constante, pues las minas de hierro, plomo, estaño, cobre, vitriolo, antimonio, azufre y carbon de tierra son muy comunes, así como las de mármoles, particularmente en Cosnes, diócesis de Narbona, donde se saca abundantemente el hermoso mármol que toma el nombre de la provincia. Son célebres las aguas minerales

de Vals, Lodeve, Alais, Servan, Ballaruc, Vendres y otras muchas. Solo en las cercanías de Montpellier se cuentan mas de tres mil especies de plantas medicinales, y todavía se encuentran mas en los montes de Cevennes.

(3) *El trono de los Césares te ha debido los Antoninos, &c.* Antonino Pio, modelo de monarcas, que halló el medio de eternizarse adoptando á Marco Aurelio, era originario de Nimes.

(4) *Todavía se acuerda el Oriente de aquel sabio y valiente Raymundo &c.* Raymundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, y quarto de su nombre, hizo grandes servicios á Alfonso IV, rey de Castilla, en sus guerras contra los Moros, y obtuvo por recompensa á su hija Elvira, hermana de Teresa, que casó con Henrique de Borgoña, fundador del reyno de Portugal. Salió para Tierra-Santa el año de 1096. Sus hazañas en los sitios de Nicea, Antioquia y

Jerusalem le adquirieron una gloria inmortal, tanto que los historiadores orientales hablan mas de Raymundo, que de Gofredo ni otro alguno. Despues de la conquista de Jerusalem, los cruzados ofrecieron á Raymundo la corona que no aceptó, y fué elegido Gofredo, con quien se disgustó sobre entregarle la torre de David: sin embargo no dexó de ayudarle en la célebre batalla de Ascalon, y luego con solos quatrocientos de los suyos sometió muchos pueblos de los quales se formó un principado: hizo una fortaleza llamada Monte-Peregrino, donde vivió con su muger Elvira hasta la edad de sesenta y quatro años despues de diez años de combates y victorias en Palestina.

(5) *El Aragon hace una gloria de los reyes que le diste.* Jayme I, rey de Aragon, nació en Montpellier el primero de Febrero del año de 1208. Era hijo de María de Montpellier, heredera de

este dominio, y del valiente Pedro II, rey de Aragon, muerto en la batalla de Muret, defendiendo á su cuñado Raymundo VI, contra el usurpador Simon de Montfort. Dos caballeros del ejército de Montfort, llamados Alain de Rouci y Florent de Ville, se habian conjurado contra Pedro; pero este cambió sus armas con uno de sus caballeros, á quien aquellos acometiéron creyendo ser el rey; pero Alain desconociendo en su resistencia el gran valor de Pedro, gritó que no era él; oyólo Pedro, y adelantándose á ellos, levanta la visera, y dice: Ciertamente no es él, pero vedle aquí. Dicho esto los acomete, y al primer encuentro arroja del caballo á uno de ellos, y se mete en medio de los enemigos haciendo prodigios de valor. Pero Alain y Florent reúnen sus tropas, rodean al valeroso rey, y poniendo en él solo la mira, le quitan la vida. Así pereció en la flor de su edad

uno de los mas amables monarcas del universo. Pedro era robusto, gallardo, magnifico, y de una probidad igual á su valor. Añadia á estas qualidades la cultura de que en aquella época eran susceptibles los talentos. Amaba la poesia provenzal, y hacia vanidad de ser *buen trovador*. Este gran príncipe, poco conocido y ménos alabado, gobernó sus vasallos como un padre, y murió como un héroe, combatiendo por la justicia y la amistad. Dexó sus estados á Jayme I, quien fué digno de su padre: sesenta años de victorias contra los Moros le diéron el renombre de *Conquistador*, título verdaderamente glorioso para él, pues le adquirió libertando á su patria de los usurpadores. Triunfando de sus enemigos supo hacer felices á sus súbditos. Cultivó las artes y las letras, y nos ha dexado preciosas memorias de su vida: me he extendido un poco en órden á estos príncipes, porque el uno ha re-

presentado un gran papel en la historia de Languedoc, y el otro ilustró la provincia en que hubo nacido.

(6) *Roma estima la memoria de los pontífices que recibió de tí.* Guido Fucoldi, llamado despues Clemente IV, era de Saint-Gilles, hijo de un célebre jurisconsulto. Siguió las armas, casó con una señorita que amaba, y luego estudió el derecho, y en poco tiempo se hizo famosísimo: su ciencia profunda, su probidad y su modestia le ganaron la confianza de Raymundo VII, su soberano, y de Alfonso, conde de Poitiers y de Tolosa. San Luis, rey de Francia, y el rey de Aragon, le ocuparon en los negocios mas delicados. Primero fué obispo de Puy, luego arzobispo de Narbona, cardenal y papa, en cuya dignidad fué humildísimo. Conservó tierno amor al Languedoc, su patria, y á sus antiguos amigos: amó las letras, dexó algunos escritos, y la memoria de un pontífice irreprehensible.

Guillelmo de Grimoard, despues Urbano V, de la casa de Duroure, era de Grisac en Gevaudan. Sus virtudes le diéron la tiara, y gobernó la iglesia con mucho acierto, edificacion y piedad: murió el año de 1370.

(7) *La Francia hace ostentacion de sus capitanes y magistrados.* Entre los muchos ilustres guerreros del Languedoc, despues de los Raymundos, son muy notables Amalárico, vizconde de Narbona, cuyas hazañas fuéron tan célebres, que el año 1290 todos los pueblos del partido de los Guelfos le eligieron por su general. El rey de Francia, Carlos el Hermoso, le nombró xefe del ejército que destinaba contra los infieles: murió el año de 1328.

El famoso Gaston de Foix, que ganó la batalla de Ravena, y murió en ella de edad de veinte y tres años, habia nacido en Mazerés, en el obispado de Mirepoix, el 10 de Diciembre de 1489

de Juan V, conde de Foix, y Magdalena de Francia, hermana de Luis XII. Era vizconde de Narbona, y se intitulaba rey de Navarra. Sus victorias, su juventud, sus extraordinarios talentos, y sobre todo sus virtudes amables, le hicieron el ídolo de los pueblos y de la milicia. Decia de él Luis XII: « Gaston » es obra mia, yo le he educado y le » he inspirado las virtudes que le hacen » tan admirable ». Su muerte temprana causó la pérdida de Italia.

Debe contarse entre los héroes de esta provincia Costanza Cezelli, esposa de Barri, gobernador de Leucate, pequeña ciudad del baxo Languedoc. Durante la guerra de la liga, Barri fué hecho prisionero por los de este partido: estaba entónces su esposa en Montpellier, é instruida de la desgracia de su marido se embarcó en Magalona, y se transfirió á Leucate, donde reanimó la guarnicion, y preparó la defensa mas vigorosa. Los

de la liga y los Españoles la atacan, pero ella los rechaza, y los sitiadores irritados de tan inopinada resistencia, levantan delante de la muralla un cadalso, y presentando en él á Barri, intiman á Constanza la muerte de su marido si no entraga la plaza. Ella, en tan cruel alternativa, ofrece todos sus bienes, y aun su misma persona, por la libertad de su marido, diciendo á los enemigos: « Mi fortuna y mi vida son mias, y » las sacrificaré muy gustosa por mi » esposo; pero la ciudad la debo al » rey, y mi honor á Dios, y debo con- » servarlos hasta mi último suspiro ». Fué Barri sacrificado á la firmeza de su esposa, la qual se vengó obligando á los enemigos á levantar el sitio. Henrique IV reconocido, hizo á Constanza gobernadora de Leucate hasta mayori- dad de su hijo Hercules. Esta sublime accion se verificó el año de 1590.

( Juan de Cailar, de Saint-Bonnet de

Toyras , que nació en Languedoc el año de 1585, mariscal de Francia baxo Luis XIII, fué uno de los mas célebres capitanes de su tiempo : murió en desgracia de la corte, por haber disgustado al cardenal Richelieu.

El caballero de Assas, el *Decio de* la Francia, era de las cercanías de Vigan, pequeño pueblo de Cevennes. Todo el mundo sabe que el año de 1760, hallándose en Closterkam apostado cerca de un bosque una noche con un destacamento del valeroso *regimiento de Auvergne*, entró solo á registrar el bosque, y de repente se vió rodeado de enemigos, los quales poniéndole al pecho las bayonetas, le amenazáron con la muerte si prorumpia en el mas leve acento: de ello dependia la sorpresa de su puesto, y probablemente la del ejército, pero él sin dudar, levantando quanto pudo la voz exclamó: *Aquí, Auvergne, aquí están los enemigos,* y cayó transpasado de heridas.

Seria muy molesto hacer aquí la relación de tantos magistrados célebres que ha producido el Languedoc; así, bastará recordar á Nogaret y Bertrandi, canclleres, y el último además obispo de Cominges, arzobispo de Sens y cardenal: y entre todos el célebre Duranti, que juntamente con el abogado general Affis, derramó su sangre por mantenerse leal á su rey Henrique IV.

(8) *La encantadora Poesía te debió su primer asilo.* La poesía provenzal fué cultivada en Tolosa desde el tiempo de sus primeros condes. Raymundo V, su hijo, su nieto, y muchos caballeros de la provincia eran *trovadores*, y sabian cantar sus damas tan bien como combatir por ellas. El año de 1323, baxo el reynado de Carlos el Hermoso, siete principales ciudadanos de Tolosa, baxo el título de la *alegre sociedad de los siete*, escribiéron una carta circular á todos los poetas de la provincia de

Languedoc, convidándoles á ir á Tolosa á leer sus obras el dia primero de Mayo del año siguiente , prometiendo una *violeta de oro* al que compusiera el mejor romance. En efecto, muchos trovadores se presentáron en el jardin de los siete el dia señalado, *adonde entre* numeroso concurso, fué premiado un tal *Cirventes*. En fin la sociedad llegó á ser tan famosa, que el año de 1388, Juan, rey de Aragon, envió embaxadores á Carlos VI, *pidiéndole poetas de la provincia de Narbona, á fin de establecer en sus estados la alegre sociedad*. Tal fué el principio de la academia de los juegos florales, que recibió nuevo lustre acia el fin del siglo XIV, por la liberalidad de una dama tolosana, llamada Clemencia Isaura, á quien los habitantes de esta ciudad en el siglo XVI erigieron una estatua de mármol blanco, agradeciendo así el haber dexado bienes para que fuesen de

oro las tres flores, que la academia de Tolosa distribuye todos los años el tres de Mayo, dia señalado al repartimiento de los premios, y en que coronan de flores la estatua. Luis XIV autorizó el año de 1694 esta academia, que me parece la mas antigua de todas. Nada se sabe de positivo de esta dama mas que lo que he insinuado, y no me ha parecido que los críticos llevarán á mal la ficcion del romance, y el hacerla autora de los juegos florales.

F I N.



CO  
TA  
MI

5720  
6459  
1267